

PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.

AÑO I.—NÚMERO 26
16 AGOSTO 1925



CONCURSO DE COLORIDO



**VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO**

CURiosIDADES

LOS FERROCARRILES DEL PORVENIR

Un ingeniero norteamericano acaba de publicar un estudio en que comienza con un elogio a las últimas conquistas de la ingeniería, cual es la aviación, y señalando la necesidad de lograr una mayor velocidad en los transportes terrestres.

Dice el ingeniero americano: «No cabe duda de que nos encontramos en el siglo de la velocidad. Vamos, día tras día, en busca del ahorro del tiempo, que es el caudal más apreciable.»

Después se extiende en apreciaciones de carácter histórico, y compara la silla de postas con el avión de línea aérea, y, por último, llega a la necesidad de in-

troducir reformas en los ferrocarriles, problema para el cual él ha hallado una rápida y clara solución.

Es innegable que si el ferrocarril pasase de cierta velocidad llegaría a salirse de los rieles. Lo que propone el innovador ferroviario es que el convoy no sólo se sujete con los rieles que van sobre la tierra, sino también con otros dos aéreos, paralelos a los terrestres. Estos rieles se sujetan entre sí por unos arcos muy resistentes de acero.

De esta forma el ferrocarril podría alcanzar una velocidad media de 200 kilómetros por hora.

• • •



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS

DE

CABEZA

DE

PIEDRA

POR E. SALGARÍ

(Continuación.)

Para dominar un odio tal, momentáneamente, al menos, empleábase a menudo con éxito la deletérea agua de fuego, el aguardiente, la ginebra, y los ingleses, más que nadie, sabían distribuir estas bebidas con habilidad, con largueza, para ganar la amistad de las tribus indias más peligrosas.

Sirvan, pues, estas observaciones para explicar el encarnizamiento con que se combatía en las orillas del Champlain entre dos tribus de pelirrojos que nada tenían de distinto fuera del nombre.

La batalla se había hecho general. Los disparos se sucedían; las flechas atravesaban incesantemente el espacio, sibando y perdiéndose entre los árboles deshojados, cuando no alcanzaban y tendían en tierra, muerto o moribundo, entre espasmos atroces, a un adversario.

En algunos puntos la acción había degenerado en una lucha horrible cuerpo a cuerpo. Los viejos mosquetes, los arcabuces desencajados, se convertían en poderosas mazas, empuñadas con ambas manos por el grueso cañón; las lanzas golpeaban con sus agudos hierros los escudos oblongos, buscando la carne: los *tomahawks*, arma de la raza, la formidable hacha nacional, martillaban sin cesar. Y en medio del fragor imponente de las armas, espantosos aullidos salvajes hendían los aires mezclados a los lamentos de los heridos y a las órdenes de los jefes.

El lugarteniente de los mandanos, Mancha de Sangre, se comportaba como quien era. Como un condenado repetía golpes que hacían caer en tierra a cuantos adversarios se le aproximaban.

Pero también los iroqueses combatían con saña no menor. Su *sakem*, el Caribú Blanco, y su segundo, Serpiente que se desenroscaba lentamente, eran dos guerreros colosales, de seis pies y tres pulgadas de estatura, nervudo cuerpo y rostro mechado a puras cicatrices. Al observar el estrago que en torno suyo producía Mancha de Sangre, el primero de ellos atravesó las líneas de los suyos y vino a medir sus fuerzas con el lugarteniente de los mandanos.

En los demás puntos de la línea las cosas se ponían mal para los mandanos. Una de las filas se vio rebasada y rota, y los iroqueses pudieron entrar en el campamento, preparándose para atacar a sus contrarios por la espalda y cogerlos entre dos fuegos.

Cabeza de Piedra, que a todo atendía, se dio cuenta del peligro y concentró su cuidado en el punto débil. Un grito de furor se escapó de sus labios al ver a la cabeza de aquella columna de iroqueses a un hombre blanco, a quien al punto conoció.

—¡Davis! —rugió—. ¡A mí, mis amigos; a mí, Petifoque, Ulric, Jor...; seguidme con cuantos mandanos podáis reunir! ¡Al abordaje, por mil corbetas hundidas; al abordaje contra esos bergantes como si estuviésemos en la taza grande...!

Y metiéndose en el bolsillo la pipa, apagada ya, a la cual consideraba como un precioso amuleto, corrió al encuentro de los enemigos, que avanzaban blandiendo sus armas y lanzando aullidos de triunfo.

CAPÍTULO XIV

DAVIS VENCE

A los gritos y voces de llamada del maestre Cabeza de Piedra, lanzados con voz de trueno, Petifoque, Ulric y Jor, que se preparaban a lanzarse en lo más vivo de la pelea y a descargar sus carabinas sobre los iroqueses, se detuvieron un momento, echando a correr, por último, tras el viejo bretón.

A decir verdad, ninguno de ellos había descubierto a Davis entre los enemigos, porque el reflejo de la nieve no rompía la obscuridad hasta el punto de permitir a ojos ordinarios distinguir bien las personas y las cosas; pero Cabeza de Piedra alardeaba con justicia de poseer dos pupilas capaces de competir con las de un felino, y además había visto a Davis en el instante mismo en que éste atravesaba una zona iluminada por la claridad de una de las fogatas del campamento.

Davis, por su parte, también vio al viejo maestre de la pobre *Tonante* precipitarse sobre él y acertó el paso. Llevaba en la siniestra mano una carabina al parecer descargada, pues humeaba todavía,

y su diestra empuñaba un hacha. Una fuerte columna de iroqueses armados de arcabuces, arcos y lanzas le seguían dando caza a los mandanos, que, dispersos, se batían en retirada.

Los fugitivos, al ver a su *sakem* con el canadiense y los dos europeos avanzar resueltamente hacia sus perseguidores, se avergonzaron de su actitud y se reunieron tras de aquellos hombres que parecían no tener miedo del mismo diablo y de todos sus satélites.

De súbito, Cabeza de Piedra se detuvo afirmando bien sus piernas y echándose la carabina a la cara:

—¡Ahora nos toca a nosotros, maestre Davis! —gritó apuntándole—. Duro tienes el pellejo, pero creo que no baste para escapar por tercera vez a una muerte que tienes bien merecida.

Y sin vacilar disparó.

Petifoque, Ulric y Jor sabían que Cabeza de Piedra era un tirador casi infalible.

—Esta vez hemos despachado por fin al bribón —dijo el joven gaviero.

—¡Ja, ja!... —rió el hessiano—. Maestre Tavis estar hombre muerto.

—¡Os engañáis, amigos míos! —advirtió Jor, en tanto que Cabeza de Piedra profería uno de sus característicos juramentos.

—¿Cómo? —preguntó Petifoque.

—Vedlo allí, todavía en pie e ileso —dijo el canadiense.

—¿Davis?

—En persona.

—¿Es, pues, el demonio en carne y hueso?

—Me lo temo.

—Pues ahora lo vamos a ver.

Y así diciendo, apuntó a su vez Petifoque al espía de los ingleses e hizo fuego.

Efecto de la alteración producida por el furor que sentía el joven marinero, o por la benéfica influencia de una misteriosa fortuna, el disparo de Petifoque no tuvo más éxito que el precedente, y la bala fué a romper la cabeza a un iroqués que no se esperaba tan triste obsequio.

Una fragorosa risotada hizo eco al disparo.

—¡Tiráis como bisonios! —se oyó la voz sardónica de Davis—. Desperdiciad así vuestras últimas balas... Ahora os tengo en mi poder, porque mis aliados, los iroqueses, os rodean y vencen en toda la línea.

—¡Cantas demasiado, gallito sin cresta! —respondió Cabeza de Piedra; y volviéndose rápido al hessiano y a Jor, añadió: ¡Vosotros dos ahora; cuidado, hacédle cerrar el pico para siempre!

El canadiense y Ulric se dispusieron a cumplir como mejor pudieron el deseo del bretón, y apuntaron cuidadosamente a Davis con sus carabinas, cuando de pronto ocurrió algo curioso.

Sin que nuestros amigos se dieran cuenta, o al menos prestasen mucha atención, hacía algunos instantes que los iroqueses que seguían a Davis habían modificado algo su actitud, notándose en ellos ademanes de vacilación y casi de miedo. No debía espantarles, sin embargo, un peligro ordinario, sino más bien algún extraño fenómeno.

Davis, por su parte, si se dio cuenta del cambio verificado entre los suyos, y volvióse a inquirir la causa. Una violenta exclamación se escapó de sus labios.

—¡Con cien mil diablos...! —gritó—. ¿Qué peste son aquellas dos masas negras que se acercan aquí?

En efecto, dos figuras informes, monstruosas, negruzcas, se abrían paso entre los indios, corriendo a grandes saltos sobre la nieve en dirección de Davis y arrastrando cada uno de ellos un objeto que, de vez en cuando, al tropezar en algún obstáculo duro, dejaba oír un sonido prolongado, profundo y vibrante.

Apenas las dos movientes masas llegaron junto a Davis, se detuvieron, y alzándose sobre sus patas traseras en la nieve, se pusieron a gruñir sorda y ferozmente.

Todo esto ocurría casi al mismo tiempo que Ulric y Jor se preparaban a disparar, y con tanta rapidez, que el traidor no había encontrado, en su asombro, fuerzas para moverse, huir o apercibirse

a la defensa. Su mirada se fijó, con mezcla de terror e incredulidad, en sus dos desagradables vecinos, que se le presentaban tan inesperadamente, y dióse, al fin, cuenta de lo que se trataba.

—¡Osos!... —balbuceó blandiendo maquinalmente el hacha—. ¡Osos y llevan tambores al pezcuezo! ¡Por los cuernos de Belcebú, que creo estar soñando!

En efecto, eran los dos compañeros de Nicó, que, interrumpidos en su reposo por el clamoreo de la batalla, se habían apresurado a tomar parte en la sangrienta fiesta. Los dos discípulos del Aguila Blanca no abrigaban, probablemente, intenciones hostiles contra Davis, pues aparecían bastante tranquilos. Sin duda esperaban alguna señal.

Pero el traidor no se apercibió de la pacífica actitud de las bestias, y creyendo en peligro su vida, descargó sobre el oso que tenía más cerca un terrible hachazo. El arma cortó una oreja al pobre animal, hiriéndole en el hombro y destrozando el tambor que tenía colgado al pescuezo. El oso lanzó un gruñido sordo de dolor y rabia, y chorreando sangre lanzóse contra su adversario, agitando las poderosas patas, amenazadoramente abiertas.

—¡Bien por mis osos!... —dijo Cabeza de Piedra al ver lo que sucedía—. Jor, Ulric, guardad vuestros proyectiles para mejor ocasión. Los compañeros de Nico se encargarán de despachar, por fin, a ese maldito mestizo.

—¡Y tú que querías comerte esas bravas bestias!... —dijo Petifoque, interesado a su vez en la emocionante escena.

El oso herido, lanzando sin cesar espantosos gruñidos y tiñendo con su sangre el blanco de la nieve, atacó a Davis con tremendo furor, tratando de oprimirlo entre sus enormes patas y de morderlo, con las fauces anhelantes, rojas como el fuego, erizadas de dientes agudos y solidísimos.

Pero Davis no era hombre que perdiera la serenidad, aunque el peligro fuera excepcional. Con un vigoroso tirón consiguió sacar del tambor el hacha, cuyo mango no había soltado; y al ver que el otro oso, imitando a su compañero, se preparaba a atacarle, descargó un nuevo y más poderoso golpe sobre la cabeza del oso herido, gritando al mismo tiempo:

—¡A mí, iroqueses!... ¿Seríais acaso viles mujeres, y no valientes guerreros, dignos de gozar eternamente las delicias que el Gran Espíritu reserva en sus praderas a sus excelsos hijos?

Un clamoreo general de voces animadas se elevó entre los indios, que contemplaban la escena indecisos. Las armas resonaron vacilantes, y algunos de los más animosos se adelantaron con idea de prestar ayuda a Davis.

—¡Cuerpo de una corbeta volada...! —gritó Cabeza de Piedra al apercibirse de la maniobra—. El bribón es muy capaz de salir sin daño de las garras de los compañeros de Nico.

—¡Cáspita!... Ya se ha librado del más intrépido de sus adversarios —dijo Jor—. ¿Lo veis, maestro?

En efecto, el oso con el cual luchaba Davis, herido en un punto vital por el hacha, diestramente manejada, había acabado por abandonar su presa, girando sobre sí mismo como un marinero viejo embriagado con ginebra.

—La buena suerte de ese traidor me pone furioso —masculló el bretón mordiéndose el puño.

—Ya es demasiado —dijo Petifoque.

—No —intervino el hessiano—. Secundo oso montar apontaje Tafis.

A pesar del furor que le dominaba, Cabeza de Piedra no pudo contener la risa al oír en labios de Ulric aquella marinesca expresión, pronunciada con voz grave.

—¡Por el burgo de Batz... —exclamó—; este bravo tudesco, ya que no puede ser marinero, se hace la ilusión de serlo... de boca!

—Yo amar mucho Capesa te Pietra.

—Muchas gracias, amigo.

—Porque Capesa te Pietra estar crante marinero.

—¡Bah, no soy malejo! Hacemos lo que se puede nosotros los bretones.

—¡Oh, cofrade modesto...! —criticó el mordaz Petifoque, satisfecho de poder dar un picotazo a su viejo maestro.

—¡Calla, mozo del Pouliguen, que he de hacer de Ulric un marinero de fama!

—Yo ser muy contento de poder estar gañero... Yo estutiar muchas palabras de maestro Capesa de Pietra.

—Y para adiestrarte, las aplicas a los osos del Canadá. Pero ¡mirad cómo se agarran los dos rivales!

—¡Con qué violencia se ha lanzado el oso contra Davis!...

—¡Si lo destrozara!...

—Esperémoslo así.

—Duro es como un trozo de mura.

—Pero los dientes del compañero de Nico aún serán más duros; no temas, Petifoque.

—Parece que quiere vengar la derrota de su hermano. Se diría que sigue sus consejos.

—¡Bien, bien; el oso estrecha a Davis entre sus patas!

—¡Y le oprime contra su enorme pecho con una fuerza...!

—Lo tritura, no hay más que ver.

—Aquí acaba el traidor.

—Y así no cometerá más delitos en este mundo.

—¿Y en el otro?

—¡Bah!... Tendrá que habérselas con Satanás..., que debe de ser mal patrón.

La situación de Davis era desesperada, en efecto, porque el oso, enfurecido a la vista de su compañero moribundo, se había arrojado contra el matador con inaudita violencia. Este, rápido, asestó a la

bestia un fuerte hachazo; pero erró el golpe y no le produjo más que una pequeña herida, que sólo sirvió para enfurecerla más.

Entre tanto, simultáneamente a la escena que describimos con más lentitud que se desarrollaba, una más vasta y sangrienta proseguía: la de la lucha entre mandanos e iroqueses. La batalla se intensificaba en todos los puntos del campo entre imprecaciones feroces, choques de armas, gemidos y lamentos. La sangre corría en arroyos sobre el lienzo de nieve helada que cubría el suelo; muertos y heridos yacían por doquier.

Aquí un guerrero, después de derribar en tierra a su adversario y rematarlo con un golpe postrero de *tomahawah*, embriagado de su victoria, la vista de la sangre y la excitación salvaje de la batalla, se ensañaba en el cadáver, escalpándole y abriéndole el pecho para extraer el corazón, aún humeante, que levantaba en alto como un trofeo. A veces, la muerte, producida por un enemigo que surgía de repente, sorprendía en aquella atroz tarea, y entonces sufría, a su vez, el ultraje inferido a su adversario, como una venganza, como una pena del talión.

Más allá otros se aferraban en una tremenda lucha cuerpo a cuerpo, acribillándose mutuamente de heridas, y caían a tierra abrazados, rodando y golpeándose con rabia bestial, hasta exhalar el postrer suspiro sin abandonar la presa. Todo servía de arma: la culata de los fusiles, el mango de las hachas o de las lanzas rotas, los dientes, las uñas, las cuerdas de estrangular. Los pieles rojas ponían en sus combates tanta ferocidad, que un espectáculo semejante despertaría espanto y repugnancia al más indiferente.

Ocupados en contemplar la lucha entablada por Davis contra los osos, nuestros amigos no habían prestado grande atención al desarrollo de la batalla, ni se habían cuidado de observar de qué lado se inclinaba la victoria. Les parecía que la única ventaja lograda por los iroqueses era la entrada de Davis y los suyos en el campamento, y sólo se preocupaban de rechazar al traidor y sus secuaces, poniendo frente a ellos a los mandanos, que, puestos en fuga momentos antes, se reunían y formaban a sus espaldas, mientras los dos osos se precipitaban contra Davis.

Pero la suerte se complacía en hacer rabiar a Cabeza de Piedra, protegiendo del modo más visible a su detestado enemigo. Así, cuando más creían verle sucumbir bajo el poderoso ataque del oso, contra el cual todo esfuerzo suyo parecía vano, un iroqués, más arriesgado que los otros, se lanzó contra la bestia, y apoyando en el tremendo corpachón la punta de su lanza, le atravesó la garganta con el largo hierro.

El animal, herido de muerte, cerró la enorme boca, cogiendo entre sus dientes la madera de la lanza hasta triturarla, estiró las patas y cayó a lo largo, dejando oír tan sólo un penosísimo murmullo.

Davis aprovechó la oportunidad para dar un salto atrás, lanzando a su salvador un «gracias» y una mirada más elocuente que la palabra misma. Ya se consideraba perdido, y quien le hubiese podido observar de cerca habría descubierto en su semblante, contraído de terror y desesperación, los colores de la muerte.

—¡Estoy salvo!... —gritó en un arrebató de júbilo—. ¡Estoy salvo!...

—¡Todavía no, miserable...! —le respondió con voz sofocada de ira Cabeza de Piedra—. ¡A tiros, Jor, Ulric, matadle como a un perro...!

El canadiense y el hessiano se habían echado a la cara sus armas y apuntaban. Los dos disparos retumbaron casi simultáneos. Un grito se oyó.

—¡Al infierno, grandísimo pillor!... —exclamó Cabeza de Piedra con un gesto enérgico—. ¡Ha llegado tu hora, maestro Davis!

Las dos carabinas habían producido pequeñas nubecillas de humo, que por un momento formaron una sola. Pero un golpe de viento las disipó al punto.

Esta vez el maestro de la *Tonante* se quedó mudo e inmóvil como una estatua de bronce.

¿Por qué?

Lejos de ver a Davis rodar sobre la nieve, estremecido por los espasmos de la agonía, lo vio aún firme y salvo, desafiándole con su risa satánica.

Jor y Ulric permanecieron asimismo silenciosos e inmóviles, estupefactos de haber errado la puntería, siendo tiradores infalibles.

—¡Salvo... salvo aún...! —murmuró Cabeza de Piedra desconcertado—. Ese condenado por fuerza ha hecho pacto con el diablo.

—¡Pero si yo he visto caer a alguien! —dijo Jor.

—El oso quizás.

—No.

—Entonces... ¡Diantre, pues es verdad; vuestros proyectiles han matado al iroqués que acaba de salvar a Davis de las fauces del postrer compañero de Nico! El desgraciado indio ha pagado por ese maldito.

—Esa es la gratitud de Davis —indicó Petifoque—. Yo, que estaba observando la escena, he visto al traidor esconderse tras del iroqués al ver que os servía de blanco, y así ha podido escudarse.

—Olvidando que le debía la vida...

—¡Canalla!... —rugió el canadiense.

—Ya nos volveremos a ver, grandísimo tunante! —gritó Cabeza de Piedra.

—Antes de lo que quisiérais, maestro —repuso Davis—. Al fin estáis en mi poder.

—¡Te engañas, traidor!

—Mirad en derredor, Cabeza de Piedra... Vuestros amigos los mandanos han sido derrotados.

—¡Mientes, miserable!

(Continuará en el número próximo.)

PINOCHO DEPORTISTA

Divulgación deportiva.

¿Qué es el deporte del remo?

Uno de los deportes más bonitos y más beneficiosos para la salud es el del remo.

Todos vosotros sabréis seguramente en qué consiste remar. ¿Verdad? ¿Quién de vosotros en un día de fiesta no habrá empuñado un remo tratando de bogar.

Habrà tratado de bogar, he dicho, y no me retracto, simpáticos Pinochistas, porque no es posible que vosotros, muñecos de músculos débiles aún, hayais conseguido por vez primera batir con el remo el agua, y lo que es más difícil aún, que la embarcación se deslizase por el agua con una dirección de acuerdo con vuestros deseos. ¿Verdad que no? Vamos, despojaros un poquito del amor propio y convenir conmigo en ello.

Remar bien es difícil; como todo deporte, requiere primero conocerlo y después practicarlo con asiduidad.

Para remar, Pinochistas, es necesario ante todo saber respirar, y esto, aunque parezca sencillo, no lo es. Los corredores pedestres, boxeadores, todos aquellos deportistas que tienen que mantener un torneo de resistencia, les es muy necesario saber respirar.

Siempre que practiquéis un deporte, pequeños amigos míos, procurar respirar por la nariz; de esta forma evitaréis que ocurra lo que les sucede a los que respiran por la boca abierta, que el aire les entra a raudales, y no es posible establecer un orden en vuestros pulmones, que, fatigados, se resistirán al ejercicio.

Otro de los requisitos para la respiración deportiva es el acompañar el compás de vuestros movimientos con el de la respiración. Así si el corredor tiene que respirar corto, de acuerdo con sus pasos, el remador o remero tiene que respirar con amplitud conforme son también sus movimientos. ¿Me habéis comprendido? Yo creo que sí; pues bien, adelante.

¿Sabéis cómo debe batirse el agua? Muy sencillo. Cuando os inclinéis, que el remo como es natural estará a vuestra espalda, lo sumergís de forma que la pala quede perpendicular a la superficie del agua, y entonces cuidando que los músculos de los brazos, piernas y cintura estén en tensión y cada uno cumpla su papel, os echais para atrás. La palanca, que es el remo, tiene la potencia en vuestras manos, la resistencia en el agua y el punto de apoyo en la barca, y lo natural es que el punto de apoyo ceda y la barca se ponga en marcha, deslizándose majestuosa.

Para virar, basta batir con un remo e inmovilizar el otro; y para hacerlo más rápidamente, se consigue sólo con sumergir el remo que antes quedó inmovilizado.

Si un lado de la barca se frena y el otro sigue con la misma velocidad, claro está que la barca tiene que virar para el lado de la resistencia (el frenado).



Si remáis, sólo basta con que los remos marchen a compás, dando al derecho menos potencia que al izquierdo, pues como ya sabéis, casi siempre se tiene más fuerza con el brazo derecho, y es necesario buscar un equilibrio de fuerzas, porque si no la barca, insensiblemente, os virará hacia el lado izquierdo, que es al que corresponde la menor potencialidad.

Está explicado a grandes rasgos lo que es remar, y dejando aparte tecnicismos, que ni vosotros comprenderéis ni son del caso, paso a explicaros lo que ha sido y lo que es el deporte del remo.

Desde hace muchos, muchísimos años, el remo es el motor animal de la embarcación. Los salvajes lo emplean, y tienen unas embarcaciones muy ligeras —piraguas—, con las que navegan. Aun en los tiempos de la navegación a vela se empleaban los remos, que movían unos malhechores llamados galeotes, condenados por los tribunales de justicia a este trabajo terrible. Estos barcos se llamaban galeras.

Hoy el remo es uno de los deportes más bellos. En el golfo de Gascuña se celebran unas regatas de unos barcos muy pesados llamados traineras, que mueven con unos remos unos mocetones fuertes y angulosos, que más que de carne y hueso paracen tallados en boj.

En Inglaterra, en aguas del Támesis, se celebra anualmente una regata entre los alumnos aristocráticos de la Universidad de Oxford y los científicos de la de Cambridge, y esta prueba tiene resonancia mundial.

Hoy hay para el deporte únicamente unas embarcaciones de una sola plaza que se llaman *skif*, de dos yolas y de cuatro ortigiers.

El deporte del remo hará de vosotros hombres fuertes y os hará comprender de paso cómo laborando con disciplina a la par de vuestros compañeros se logra un mayor rendimiento a vuestro esfuerzo.

Dux.



El famoso remero inglés J. Beraford, uno de los mejores del mundo.

Foto MARÍN.

Reseñas y resultados de fútbol.

Servicio especial de nuestros competentes corresponsales deportivos.

En Tetuán:

Se celebró en el campo de la Real Sociedad Hípica de Tetuán el encuentro entre los equipos locales «Ingenieros F. C.» y «Deportivo F. C.»

A las cinco en punto, y con fortísimo viento que reinaba, se alinean los equipos de la siguiente forma:

«Ingenieros». — Escudero, Casamayor, Lanciegos, Lucas, Apodaca, García, Faiñas, Bragado, Arias y Rey.

«Deportivo». — Gil, Prados, Martínez, Castillo, Pérez, González, Macías, Andrade, García, Pasión y Marcos.

Da la señal el árbitro y saca el «Deportivo», con viento en contra, que al hacer la salida va el balón a poder de los «Ingenieros», los que llegan, en una bonita combinación, a la portería de Gil, el cual hace una magnífica parada; saca de éste, y nuevamente cae el balón en poder de los «Ingenieros», quienes consiguen mantener un buen rato su dominio, hasta que en unas arrancadas de Macías se pone en grave peligro la portería de Escudero.

Otra vez vuelven los «Ingenieros» a dominar, y los del «Deportivo» siguen defendiéndose admirablemente, continuando

do así la lucha hasta que el árbitro da fin al primer tiempo.

Después del tiempo reglamentario empieza otra vez el juego, desarrollándose este en medio del campo, pues el viento parece que ha cesado un poco. Continúa el encuentro en su mayor apogeo, cuando en una entrada de Lucas a Gil se origina una discusión entre ambos, en la cual intervienen todos los jugadores y parte del público. El capitán de «Ingenieros», viendo el estado de las cosas, ordena se retiren sus jugadores; terminándose así el partido, sin haber conseguido ambos equipos el *goal* de la victoria.

El árbitro, algo desacertado.

Los comentarios del público eran muchos y muy favorables al «Deportivo».

LAUREANO ECHEVARRÍA.

En Málaga:

Se han celebrado dos partidos en el campo de «El Malagueño».

El primero fué entre la «Balompédica Malagueña» y el «Príncipe de Asturias».

Jugaron bastante bien y gustó mucho este partido, porque se vieron jugadas estupendísimas por ambas partes.

De todos los jugadores sobresalieron Salazar, García y Pastor, del «Príncipe de Asturias», y Lanito, Luna, Pacorro y Cano, por la «Balompédica».

Empataron a tres tantos.

Después se jugó un partido entre el «Athletic Malagueño» y el «F. C. Malagueño».

Tomaron parte en este encuentro los jugadores siguientes:

Por el «Malagueño»: Angelillo, Pascual, Gamero, Marín, Andrade, Jiménez (A.), Octaviano, Cuberta (F.), Casero, Pino y Cuberta (V.).

Por el «Athletic Malagueño»: López, Martínez, Macías, Poy, Vera, Heredia, Parra, Trespalacios, Trujillo, León y Cruzado.

Durante el primer tiempo hicieron los del «Malagueño» que por tres veces el balón se introdujera en la portería del «Athletic», y recibiendo en cambio una sola visita que los muchachos atléticos obligaron a hacer al balón a la meta malagueñista.

En la segunda parte los atléticos no lograron marcar. No les ocurrió lo propio a los del «Malagueño», que consiguieron dos tantos más.

Terminó, pues, el partido con el tanteo de 5-1 a favor de los del «Malagueño».

MELENITAS.

En Gijón:

En el campo del «Veriña» contendieron el equipo del «Club Astur de la Calzada» y el «Osborne F. C.».

A las cinco y cinco de la tarde el «Astur» consiguió el primer tanto. Diez minutos después los de la Calzada volvían a marcar, y así hasta seis tantos, mientras sus contrarios no lo graban salir del cero desconsolador.

JOSÉ MENÉNDEZ.

Los equipos Pinochistas surgen y se multiplican.

Un Pinochista que merece párrafo aparte.

Tenemos un amigo digno de que le demos a conocer, pues de él Pinocho se siente orgulloso.



POLO DEL A.C.M.



MONJARDÍN DEL M.F.C.



SAMITIER DEL F.C.B.



MEANA BELTR DEL S.G. y el equipo de la Real.



GAMBORENA DEL R.I.



EL POPULAR DEL TRAVIÉS.

ALEJANDRO MATOS.
Quince años. Medina del Campo.

José Ascandoni, que así se llama este Pinochista entusiasta, ha conseguido de su tío, antiguo jugador campeón de España, que regale un valioso banderín de raso, que Pepito Ascandoni está dispuesto a ofrecer para el torneo Pinocho.

Deseoso Pepito de mejorar su bando, dirige a los Pinochistas de Madrid que no estén afiliados a ningún Club la siguiente proclama:

«Todos los señores Pinochistas que deseen tomar parte del Club Pinocho Sporting y que no excedan de la edad de diez y seis años, pueden pasarse por la casa del capitán de dicho Club, José Ascandoni González, calle del Rosario, núm. 2 (Pabellón Militar), de seis a siete.

Este Club se formará sólo de Pinochistas, y expondrá a la vista de los jugadores un artístico banderín que se disputará con los demás Clubs.»

Nuestros equipos.

Nuestros equipos van alcanzando un número de fantasía. En Villafranca de Oria se ha formado uno así:

Portero, Pedro Sanromá.

Defensas: José Zubizarreta y Arturo Arbizu.

Medios: Domingo Lecuona, José Sarriegui y Angel Argáiz.

Delanteros: Pablo Silanes, Félix Zubizarreta, Félix Rúa, Antonino Arregui y José Jáuregui.

Capitán, Arturo Arbizu.

Secretario, Pedro Beitia.

Y en Vivero (Lugo) surgen otros once «jabatos» que se llaman así:

Francisco Leal Insúa, Jaime Doval, José Ladra, Ramón Parga, Jaime Orza, Antonio Sánchez, Germán Vale, Carlos Rusa, Marcial Rusa, Jesús Méndez, M. Cociña.

Un Pinochista madrileño nos dice que muy «prontito» tendrá su equipo, al que denominará «El Pequeño Pinocho F. C.».

Jesúsito García Valdecasas, que así se llama este barbián, dice que se llamará así por estar formado de jugadores de ocho a diez años.

Y en Alcantarilla se forma otro bando Pinochista, por Pérez, Luis, Hernández, De Juan, Sánchez, y Ortiz, Hurtado, Sornichero, Baños, Garrido, Bernal.

Y en Gijón se forma otro así: Carril, López, Rozas, Alvarez, H. Fernández, Morán, Robledo, Gutiérrez, Barril, Ruiz, Bartolomé.

Los Pinochistas que no tienen aún equipo.

Son éstos:

Augusto Bonilla, un defensa formidable, con diez y seis años; vive en Jorge Juan, 77 (Madrid).

Enriquito Ramos, de diez años, que vive en Madre de Dios, números 40 y 42 (Málaga).

Luisito Eugel, también de Málaga, quiere jugar.

De fijo estos muchachos no tardarán en encontrar «colocación» en un equipo Pinochista.



Yo no sé cómo le pondría el señor cura al bautizarle, ni como le llamarían en su casa; lo cierto es que todo bicho viviente le conocía por Fideo, y él por Fideo respondía. Por cierto que el mote le venía pintiparado, pues el pobre muchacho era como un fideo: débil, flaco y amarillo.

Pero no estaba ahí lo peor del caso, porque si débil era de cuerpo, más, mucho más, lo era todavía de entendimiento. ¡Con decirnos que se pasó dos años y pico en el primer cartel y no llegó a conocer las letras!... Y cuidado que el pobrecito no tenía ni un pelo de holgazán. Al contrario; todos los días, apenas llegaba de la escuela y terminaba de hacer los «mandaos» a su madre, en vez de irse a jugar con los demás rapazuelos, se sentaba en un rincón de la cocina y allí, dale que dale a la «a» y a la «u», se pasaba las horas muertas. Pero, como decía el otro, lo que no puede ser... ¡es imposible!...

No os extrañará, pues, que los demás la tomaran con él y no le dejaran vivir. No había día que no saliera de la escuela con algún «tío» colgado de la espalda o con algún «pegote» en la chaqueta, siendo el hazmerreir de la chiquillería que le abucheara gritando: ¡raaabo, raaabo, raaabo!

El bueno del maestro tenía que tener con él más paciencia que el santo Job. Pero ¡claro!, ya tanto, tanto, el pobre señor se cansó, y un día, viendo que ni siquiera conocía la «a» después de tantísimo tiempo como llevaba en la escuela, le puso de patitas en la calle.

¡Allí hubierais visto llorar al infeliz Fideo! Recostado en la pared de la escuela, con la cabeza baja, los ojos encarnados y la cara manchada por las lágrimas, daba pena verle, y, sin embargo, la gente pasaba por la calle sin cuidarse para nada de él.

Llegó en esto un viejecito de aspecto venerable y barba plateada, apoyado en un báculo como el de los obispos, y al ver al muchacho de aquella manera se acercó a él y le preguntó cariñosamente:

—Hijo mío, ¿por qué lloras?

Turbóse un poco Fideo ante la presencia de aquel anciano a quien nunca había visto, y entre sollozos confesó que el maestro le había echado de la escuela por torpe.

—Pues mira, si es por eso, no llores más —le contestó el anciano.



Y al decir esto le tocó la frente con la mano derecha.

—Pero al mismo tiempo te mando una cosa —prosiguió—: que nunca seas orgulloso. Desde el momento que dejes entrar en tu corazón la soberbia dejarás para siempre de ser sabio.

Aquello no fué hablar por hablar, ni mucho menos. Al día siguiente, cuando Fideo se presentó en la escuela a pedir perdón al maestro para que le admitiera nuevamente, se sabía ya el primer cartel de pe a pa... ¡Vaya si se lo sabía...! ¡Como que se puso el primero de aquella sección...!



Y así un día y otro día, hasta que terminó por ser el primero de la sección superior...

¡Aquello fué el disloque...! ¡Fideo el primero de la sección superior...! ¡Bueno...! ¡Ni al que asó la manteca se le hubiera ocurrido...!

Y no creais que se envaneció por eso, despreciando a sus compañeros y mirándolos, como suele decirse, con el rabillo del ojo... ¡Cal! al contrario. El gozaba explicando las cuentas a los que no las entendían y repasándoles las lecciones para que adelantaran puestos.

Pero los envidiosos no se la perdonaban así como así, y aprovechándose de sus pocas fuerzas, le tomaban el pelo sin piedad y le maltrataban impunemente. ¡Más de cuatro veces fué el pobrecillo a su casa llorando como una Magdalena!

Una tarde en que iba pensativo camino de la escuela, decidido a dar cuenta al maestro de los malos tratos que le daban aquellos envidiosos, volvió a encontrarse con el venerable viejecito de las barbas de plata.

Llegóse a él, y cogiéndole la mano derecha se la besó respetuosamente, sin atreverse a pronunciar palabra.

Miróle el anciano fijamente, y, observando la amargura de su semblante, le dijo compasivo:

—Hijo mío, tú estás triste...; ¿qué te pasa?

—Que me maltratan mis compañeros porque no puedo defenderme —replicó el muchacho.

—Pues mira; si es por eso no te apures. Desde ahora vas a ser mas fuerte que todos ellos.

Y al decir esto le tocó el pecho con la diestra.

—Pero ten presente una cosa —prosiguió el anciano—: que no abuses nunca de tu fuerza. Desde el momento en que dejes entrar en tu corazón la venganza, dejarás de serlo para siempre.

Cuando salieron de la escuela aquella misma tarde, volvieron a llover sobre él los insultos de todos los días. No hizo caso al principio; pero viendo que el más fanfarrón de aquellos individuos venía hacia él con intención de maltratarle, se detuvo y le hizo frente.

A las primeras de cambio, con una fuerza misteriosa que nunca había tenido, hizo rodar por el suelo a su adversario; pero en vez de tomar venganza, llegóse a él y se limitó a decirle:

—Ahora, si quisiera, podría hacer de ti lo que me diese la gana; pero para que veas que soy más noble que tú, te perdono.

Fué tan generosa la conducta de Fideo en esta ocasión, que acabó por conquistarse el aprecio de todos. En adelante, no tuvo más que amigos que le admiraban por su talento y le querían por su buen corazón. Por eso, el señor maestro, cuando tenía que poner por modelo a algún niño, le escogía siempre a él.

Como Fideo era pobre —tan pobre que toda la riqueza de sus padres se reducía a una cabra y unos conejos—, salía todas las tardes al campo, cuando regresaba de la escuela, a coger hierbas para ellos.

Una de tantas en que volvía, caminito de casa, con su haz echado a la espalda, le pareció ver, algo más adelante del sitio por donde caminaba, una persona que tropezaba y caía.

Apretó el paso, y cuál no sería su asombro cuando se encontró tendido en el suelo al viejecito de las barbas de plata. Ayudóle a levantarse, y, una vez que lo hubo conseguido, le preguntó con cariño si se había hecho daño.

—No hijo mío —contestó el anciano—; no ha sido nada. Muchas gracias y que Dios te premie la obra de caridad que acabas de hacer conmigo. Yo, por mi parte, quiero también premiártela. Desde ahora dejas de ser pobre y posees una inmensa fortuna.

Y al decir esto le tocó los bolsillos con la mano derecha.

—Pero mira —prosiguió—: no malgastes nunca el dinero ni te olvides de los pobres, porque desde el momento en que eso hagas, dejarás de serlo para siempre.

Llegó Fideo a su casa, echó de comer a su cabra y a sus gazapos y al meterse la mano en los bolsillos se encontró que todos estaban llenitos de monedas de oro.

Verdaderamente aquello era una fortuna, como le había dicho el viejecito.

Ya, como comprenderéis, no tenía necesidad de molestarse en ir al campo a buscar hierba para sus animalejos; sin embargo, como el dinero no se le había subido a la cabeza, se le vió todos los días, lo mismo que antes, venir cargado auestas con su haz, que por cierto desde entonces era mucho más grande, pues la familia se había aumentado con una vaca y un borriquito.

Como por otra parte tenía un corazón de oro, no dejaba nunca sin limosna a los pobres que se encontraba, sobre todo a los niños, por quienes él sentía una predilección muy grande. Y el caso era que cuanto más daba más se le aumentaba el dinero.

La misma gente del pueblo que en otro tiempo le motejaba tanto asombrada de sus «misteriosas» transformaciones, se ha hacía lenguas de él y le ponía por modelo de niños bondadosos y caritativos.

Un año justo había pasado desde que Fideo se vió convertido en capitalista de golpe y porrazo cuando, al regresar de la escuela a eso del mediodía, volvió a encontrarse con el misterioso viejecito de las barbas de plata...

Esta vez venía vestido con un manto de terciopelo azul, ceñida la cabeza con una corona de oro cuajada de piedras preciosas, y en la mano, en vez del báculo, un cetro de marfil guarnecido de plata...

Al ver al muchacho se acercó a él y con voz conmovida le dijo, mientras le ponía la mano izquierda en el hombro:

—Hijo mío, hasta ahora has ignorado quién era tu bienhechor; desde este momento sabe que soy el Rey de «Arcadia», el país de la dicha y de la felicidad. Anciano ya y falto de hijos que heredasen el trono, he ido recorriendo los pueblos y las ciudades para elegir un Príncipe que fuera digno de sucederme. He concedido a muchos las tres gracias que a ti te he concedido: el talento, la fuerza y la riqueza; pero todos han abusado de ellas. Solamente tú has sabido ser sabio sin enorgullecerte; rico, sin olvidarte del pobre, y fuerte, sin abusar de tu poder... ¡Tú, pues, eres el Príncipe que yo elijo para heredero de mi trono...! ¿Ves —añadió, señalando hacia el horizonte— esa polvareda que hacia nosotros avanza...? Es la comitiva real que viene en busca nuestra...

Y al decir esto llevóse a los labios un silbato de oro que le colgaba del cuello y le tocó tres veces...

Por los cuatro ángulos del pueblo, a todo galopar de los caballos, fueron entrando carrozas y más carrozas fastuosamente engalanadas, tras la que no tardó en aparecer la carroza real, toda de oro purísimo, tirada por cuatro caballos blancos como la nieve...

—Señor —dijo Fideo antes de que se diera la señal de partida—, yo quisiera que mis padres se vinieran también conmigo.

—Muy bien, hijo mío; eso esperaba yo de tu noble corazón. Yo daré orden de que nos acompañen...

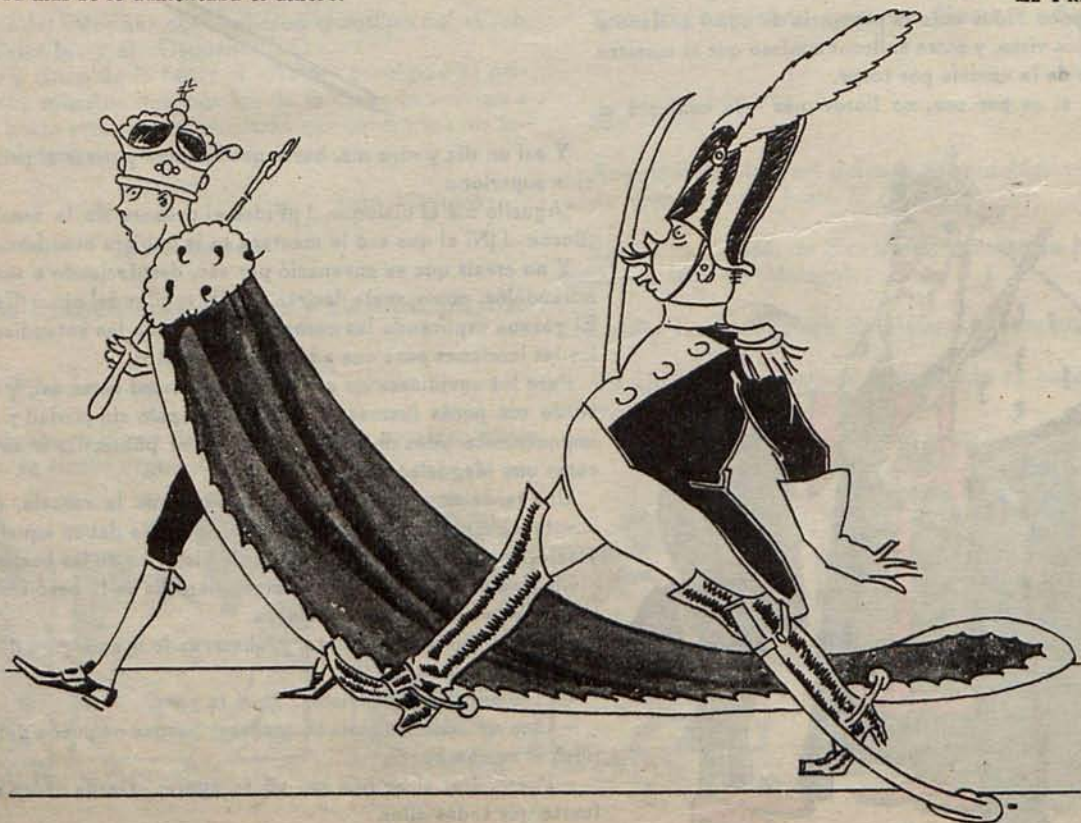
Volvió a tocar el silbato e inmediatamente, como movida por un resorte, la regia comitiva se puso en marcha camino de Arcadia...

Imposible describir el júbilo con que fué recibido el nuevo Príncipe. Las ciudades y los pueblos en masa salían a su paso para rendirle homenaje aclamándole entusiásticamente... Fué necesario, para satisfacer el regocijo popular, que Su Majestad el Rey Merlín decretase, con tan fausto motivo, tres días de fiesta nacional, al cabo de los cuales coronó solemnemente al nuevo Príncipe en el salón del Trono, poniéndole su manto de terciopelo azul y su corona de oro y entregándole el cetro símbolo de la soberanía.

Pero Fideo, que siguió siendo tan noble como siempre, no quiso reinar hasta que murió su bienhechor.

Para honrar su memoria tomó su mismo nombre, llamándose Merlín II, y fué la delicia de sus vasallos, a los que gobernó largos años colmándoles de dicha y felicidad.

EL PRÍNCIPE AZUL.



CHISTES

B U E N O S Y M A L O S



—¿Cómo está tu mujer, Felipe?
—¡Hace diez años que no veo su caral!
—¿Cómo es eso?
—¡Porque se la pinta!



—Pero, criatura, ¿qué has hecho? ¡Has roto el termómetro! Y ahora, ¿cómo vamos a saber si hace frío o calor?



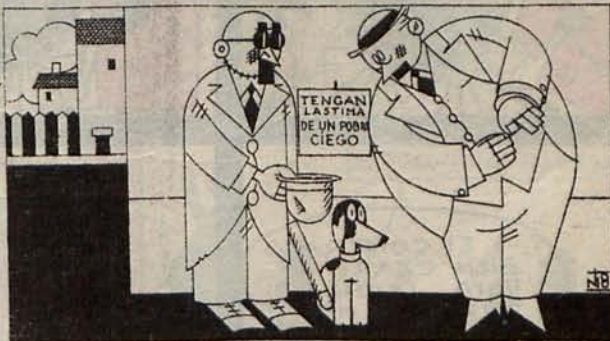
—Oiga usted, ¿hace el favor de decirme estos pirulís de diez qué precio tienen?



—¡Atiza! Ahora resulta que no me acuerdo si es que llego o que aun no he salido.



—¿Hace el favor de decirme si voy bien por aquí para ir a la plaza Mayor?
—Sí, señor; vaya usted por aquí, *siempre derecho*.



—Pero, hombre, ¿cómo ha conocido usted que la peseta es falsa siendo ciego?
—Es que el ciego no soy yo, es el perro.



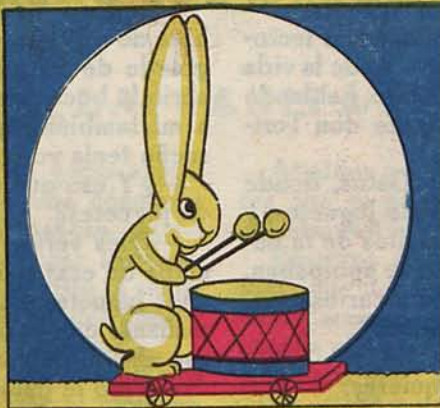
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



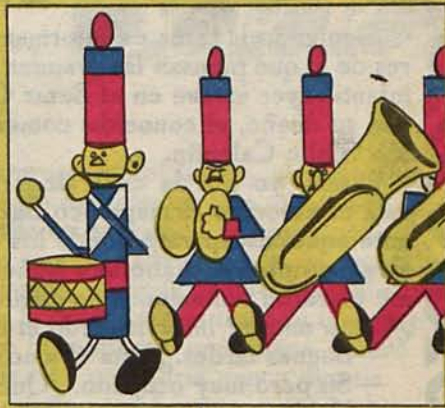
Redoblante y Nicanor campeones del tambor



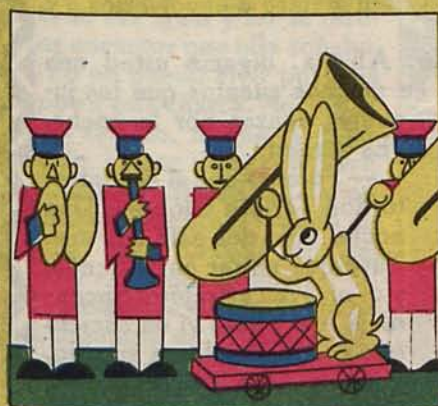
Aquí está Don Nicanor
que se cree el AS del tambor



Y aquí está su contrincante
el conejo Redoblante



El sueño de Nicanor
es ser un Tambor Mayor



Y la ilusión de este joven
es competir con Beethoven



Redoblante, por contratas
tocaba en las serenatas



Nicanor, todos los días
tocaba en las romerías



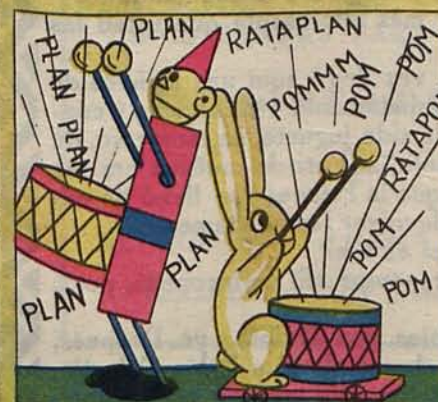
Nicanor, con osadía
a su rival desafía



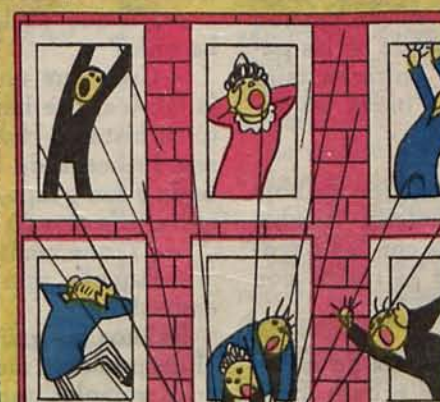
Y con valor, Redoblante
acepta el reto al instante



El desafío ha consistido
en ver quien arma más ruido



Resultará vencedor
aquel que bata el record



Los vecinos, despertados
piden socorro aterrados



Y por tanta algarabía
van a la comisaría

- LÓPEZ RUBIO -

LAS GRANDES ENTREVISTAS

EL DUEÑO DEL BAZAR

Siguiendo la tarea de informar a nuestros lectores de lo que piensan las grandes figuras de la vida infantil, ayer estuve en el Bazar Globito, hablando con su dueño, el conocido comerciante don Toribio Globo Calcetín.

Pasaba yo por la calle de Tres Gatos, donde está establecido el magnífico Bazar de Juguetes, y ante aquel escaparate donde los carritos de la basura, aeroplanos, diabólicos y muñecas se agolpaban, me entraron tentaciones de colarme a curiosearlo. ¿Cómo entrar? Entreviando al dueño.

—Buenas tardes. ¿Está el amo?

—Sí; pero muy ocupado. ¿Qué quieres?

—Hablar con él.

—Pues no pienses que él te va a rebajar los juguetes.

—Usted pásele esta tarjeta.

La tarjeta decía: «Chonón el Curioso, redactor de PINOCHO».

El dependiente la leyó y salió corriendo en busca del dueño, que al poco rato apareció muy sonriente. Levantó un trocito de tapa del mostrador para salir, y me dijo:

—Los bazares de juguetes se honran recibiendo las visitas de ese periódico. ¿Vienes por algún juguete?

—Por todos vengo.

—¡Atíza! ¿Qué dices, Chonón?

—No se asuste. Digo que todos me interesan por igual, y quiero que me hable usted de todos.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber, primero, por qué razón se hizo usted vendedor de juguetitos.

—Yo fui de pequeño un tiro. Quiero decir que fui muy malo. Me regalaron infinidad de juguetes, que yo me cuidaba de destrozar inmediatamente. Mi padrino y mi abuela me traían cada domingo una cosa distinta, y el martes ya no tenía con qué jugar. De mil soldados de plomo, a las dos semanas no me quedaba más que un Guardia civil con cabeza de torero y montado en un mulo de Artillería.

—¡Qué lástima, señor Globo Calcetín!

—Bien es verdad que yo, hasta los veinte años, no me enteré de que los juguetes sufren cuando se les rompe, como las personas cuando se las pellen. Pero cuando me enteré, me entraron tales remordimientos de conciencia, que todas las noches tenía pesadillas martirizadoras.

—¿Qué pesadillas eran esas?

—A veces soñaba que llegaba un tren de hoja de lata por las montañas de mi colcha. Paraba, descendían cien soldados de plomo con las bayonetas caladas y venían a pincharme el rostro con esas especies de alfileritos.

—Cuénteme otra pesadilla.

—Una vez soñé que se abría la puerta de mi alcoba con mucho misterio. Nada vi al pronto. Pero luego me dí cuenta de que acababa de entrar un osito, que reconocí al momento. Era uno de trapo que unos años antes había destripado a la media

hora de regalármelo. Esa había sido la audacia más grande de mi niñez. El osito se subió a la cama, abrió la boca dentada y se empeñó en destriparme a mí también, aprovechándose de que en aquel sueño tenía yo las manos atadas... ¡Fué horrendo!

—¿Y eso qué tiene que ver para que usted venda juguetes?

—Pues verás. Tantos remordimientos tuve por culpa de esas pesadillas, que decidí comprar muchos juguetes y acariciarlos y limpiarlos todas las mañanas con el plumero más suave y mimoso. Por eso abrí al público este Bazar.

—Pero le dará mucha pena cuando se lleven los juguetes, ¿no?

—¡Enorme! Cuando son juguetes simpáticos, como esos caballos con pelo de verdad, o esos Kirikis que huelen tan divinamente a celuloide, hago como que voy allí dentro a envolverlos... y los beso.

—Lo comprendo. Ahora, dígame usted una cosa: Yo he leído en muchos cuentos que los juguetes danzan por la noche. ¿Es verdad?

—Yo creo que sí —contestó don Toribio Globo—. Una noche vine del café a la una. Tuve que entrar en la tienda, y oí un gran estrépito. Encendí la luz, y sólo vi un triciclo que corría él solito a su sitio, y una muñeca con la cabeza destrozada contra el suelo, porque al sentirme y correr se había enredado, en la oscuridad, con la cuerda de un peón que aún danzaba. Examiné a las demás muñecas, y todas tenían los ojos cerrados; pero comprendí que todas estaban aguantando la risa.

—¿A cuál juguete quiere usted más? —le pregunté.

Don Toribio se metió las manos en los bolsillos y al momento sacó cada una con un muñeco guiñol. Los guiñoles me hicieron una reverencia y me dieron la mano. Entonces dijo él:

—Son mis consejeros.

Cuando estoy solo, hablo con ellos. Este del gorro de cocinero es muy gracioso. Este otro del sombrero de copa es muy inteligente. Ellos hablan con los demás juguetes y luego me lo cuentan todo.

—¿Y qué es lo más interesante que usted les ha oído?

—Creo que una vez llegó aquí una muñeca de la fábrica, que inmediatamente hizo corrillo y contó su historia: Había sido juguete, un momento, de una Princesa de Solidia. Pero la muñeca era tan bella y tan guapa, que la Princesa se llenó de envidia, y la mandó devolver inmediatamente.

—¿Y qué muñeca es esa?

—Aquella que tenemos allí arrinconada, por... embustera.

Reímos los guiñoles, don Toribio y yo. Después, al despedirme, me abrazó el señor Balón Calcetín, y los guiñoles quedaron a mi espalda haciéndome guiños.

Yo lo vi por un espejo, y me hizo gracia.

CHONÓN EL CURIOSO.



HISTORIAS DE ANIMALES

LA RANITA

Jadeando toda ella, como una bola de goma verde, la ranita, sentada junto a la charca, miraba cómo los cipreses saludaban al viento bajando la cabeza.

Pero como esto, y el salir el sol, y el caer la tarde, y el encenderse las estrellas, ya lo había visto la ranita todos los días, bostezaba, toda ella boca, del aburrimiento, que hacía iguales y repetidas las cosas.

Ya ni el aire que le corría por el lomo como una caricia, ni el sol que la hacía brillar como si estuviera barnizada, ni el chapuzarse en el aire y cantar después su canción de gárgaras, la podía distraer. Y se aburría la ranita verde porque todo era igual y no le ofrecía los encantos que ella soñaba.

—Yo no puedo vivir por más tiempo en esta charca. No es que el sitio sea feo, ni que el clima sea malo. Es que no hay *comfort*, sencillamente. Si pudiera hacerme aquí un hotelito y tuviera mi barquita para pasear por mi charca y mi pequeño huerto, tal vez lo pasase mejor. Entonces no me zambulliría en la charca más que en la temporada de baños. El resto del año me bañaría en mi hotelito, con el grifo de agua caliente y el grifo de agua fría. Pero para todo eso hace falta dinero. Yo no tengo dinero, y no puedo ahorrar, porque ¿qué adelanto con ahorrar unos cuantos insectos cada día? Así nadie se hace rico. Pensaré un negocio.

Y se puso a pensar, y tanto pensó, que apenas comía, y se paseaba meditabunda por la orilla del charco con otra rana igual, cabeza abajo, que la acompañaba en el agua: el reflejo.

Encontró la solución, el negocio que podía enriquecerla. Se fué a una verbena y puso un cartel que decía así:

Gran juego de la rana.

CINCO CHAPAS PARA TIRAR

DOS REALES

AL QUE HAGA RANA SE LE
REGALARÁ UN JAMÓN

Colocó el cartel y se puso debajo, con la boca abierta, y se hizo la rana de verbena, muy quieta y muy fija.

Atraídos por la promesa del jamón, acudían tiradores con el propósito de colar un tejo en aquella boca abierta. Así la ranita se enriquecía poco a poco.

Vosotros diréis que si cada vez que le acertaban tenía que dar un jamón, no sería un buen negocio, pero consideremos que la ranita no era tonta, y que ya procuraría ella que no le metiesen una chapa dentro del estómago; que, además, no podría nunca digerir.

Se estaba muy quieta para fingirse rana de bronce;

pero cuando veía venir un tejo, redondo y negro como son en la acera las primeras gotas de la tormenta, entornaba la boca y ya no podía entrar el tejo. Además, para que los tiradores no sospecharan, había aprendido a hacer:

—¡Tan!

Y así imitaba el ruido de las chapas en las otras ranas estúpidas de bronce, que parecen niños embobados.

Como ninguno acertaba a meter chapa, los tiradores se picaban y compraban muchas, muchas chapas, que iban pagando al dependiente de la ranita. Al día siguiente de cada noche de verbena, la ranita iba al Banco y metía su dinero por una ventanilla y ahorra para hacerse el hotelito que era la ilusión de toda su vida.

Un día, atraído por la fama de aquella rana tan difícil, acudió un jugador famoso, al que ninguna rana se había resistido.

El dependiente se lo dijo, y la ranita esperó al gran jugador,

del que se contaban hazañas admirables.

—¡Ese es! ¡Ese es!

Mucha gente le rodeaba ¡Era un gran tirador!

La ranita le miró asombrada, como mira la gente a los toreros en la calle, y abrió su boca de hucha llena de admiración.

Entonces el gran jugador aprovechó aquel descuido y le metió un tejo por la boca. Todo el mundo aplaudió.

—¡A ver, el premio! ¡Venga el jamón!

El dependiente ya no estaba allí.

—¡Venga el premio!— gritaba el jugador, amenazando con quemar el puesto. Y la ranita, quieta y callada, con su plomo dentro. Pudo escabullirse de un salto para no tener que dar el jamón, porque entonces se arruinaba.

Se perdió en la noche. Sonaban los organillos. Olía a aceite.

—¡Oh, cómo me pesa el estómago! ¡Qué mala me pongo!

Hasta que no se subió a los caballitos y se mareó de tanta vuelta y tanta vuelta no se vió libre de aquel peso.

Después fué feliz y propietaria, y las ranas del charco envidiaron su hotelito y su huerta y su barca para pasear.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.

PROGRAMA
PARA HOY

LA PUERTA
DEL
LOBO

¡Sensacional!

GRAN CINE



LA PUERTA DEL LOBO

Castaño III era un rey avaricioso. Tenía siempre atadas con cadenas a la cintura las llaves de su caja de caudales.

Viudo desde hacía mucho tiempo, se había quedado con una hija de ojos claros, hermosa, delicada y generosa, que hacía contraste con su padre.

Cuando la Princesa Cantilena tuvo edad de casarse, Castaño III dió una fiesta en Palacio, adornándole todo lo más espléndidamente que su roñería podía consentir.

Afortunadamente, la hija exclamó:

—Por tu avaricia, la fiesta no podrá ser lucida. Pero si te empeñas en darla, yo la adornaré, como pueda, con baraterías de cuatro cuartos y macetas engalanadas con papeles de colores.

Llegó la hora de la fiesta, y a la puerta del Palacio empezaron a detenerse carrozas de oro y rojo, y de plata y verde, y literas.

En la puerta quedaban los lujosos criados, teniendo cuidado de los vehículos, y de las literas, y de los caballos.

Los duques, los príncipes, los grandes ricos, los guerreros, llenos todos de condecoraciones de mil colores, iban entrando en el salón.

—¿Y por qué razón el Rey se siente hoy tan afable con sus subordinados? —comentaban.

—No lo sé. Se dice que, en medio de la fiesta, Castaño III nos dirá el motivo de la velada.

Los músicos tocaron magníficas piezas, y las cantantes y las bailarinas contratadas salieron a alegrarles con su arte.

Después se hizo un silencio, y el Rey exclamó:

—Señores: Ya veis que la Princesa Cantilena tiene edad de contraer matrimonio. Como sé yo que tiene un corazón muy noble, sé que no ha de pretender casarse más que con quien yo la indique. Y yo he de indicarla que se case con el que dentro de diez días, que es mi cumpleaños, me obsequie con el mejor regalo.

Como el salón estaba lleno de ricos comerciantes, todos se pusieron a hacer números en los papeles de sus carteras para ver cuánto podían gastarse en el obsequio.

Pero la Princesa empezó a palidecer y, sentada en su silla, quedó un poco apoyada en el respaldo gótico.

Sólo lo advirtió Salto, el guerrero, que en silencio estaba enamorado de ella. El cual, aprovechando el momento en que los demás concurrentes rodeaban a Castaño III para preguntarle qué objeto preferiría, se fué acercando poco a poco a Cantilena, y tomando su mano preguntó por lo bajo:

—Princesa, ¿qué os sucede?

—Yo te ruego que no des importancia a mi mal.

—No puedo menos de dársela, señora.

—Te lo contaré, si guardas el secreto. Me pasa... que yo sé que el más rico es el señor Pantalón, del que se cuenta que es mago. El señor Pantalón es de figura odiosa y de alma negra...

—Y os pasa también, Princesa, que os duele la actitud de vuestro padre, que por un regalo os dará en matrimonio, como el que cambia dos objetos cualesquiera...

La Princesa rompió a llorar al ver que Salto lo había comprendido.

—No lloréis más, señora. El señor Pantalón nos está observando.

La Princesa sonrió a todos, haciendo un esfuerzo; la fiesta siguió y sólo estaba preocupado Salto, que pensaba en la magia del señor Pantalón.

El no podía jamás regalar un costoso presente al Rey; pero pondría sus fuerzas para conseguir que no fuera tampoco ese maldito mago, que haría sufrir por siempre a la Princesa Cantilena.

Terminada la fiesta, cada señor montó en su carroza y fueron uno a uno desapareciendo.

Salto montó en su corcel blanco, de crines y cola larga, y nadie le vió que inmediatamente se escabuyó entre el ramaje y a pie, para ir escondiendo su figura; siguió a la litera de oro y piedras preciosas que conducían cuatro criados negros con el señor Pantalón.

Se introdujeron todos por el bosque —

Salto iba arrastrándose —, y al llegar a una puerta casi perdida por el verde, Pantalón dió una palmada.

Inmediatamente apareció un lobo terrible con una llave en la boca.

Pantalón le dijo:

—Caballero lobo: necesito que esta noche aparezca en mi despacho un manto para el Rey Castaño III, que tenga cincuenta carretes de oro bordados en él, y que le adornen tres mil rubies.

—Lo tendrás —dijo el lobo.

Salto oyó todo esto escondido en el bosque. Y cuando Pantalón entró en su morada, que era el interior de un monte, Salto sacó su espada, dió también una palmada, e hizo que apareciese el lobo.

—¿Puedes darme esa llave?

—Yo se la doy a todo el que me la pida para abrir.

—¿Quién eres? —preguntó Salto a la fiera.

—Un pobre campesino encantado por el Mago protector de Pantalón, que me obliga a dar la llave cuando se me pide como tú lo has hecho.

—¿Pantalón es un Mago?

—No. Pero el Mago Pastel le protege. Tú ya sabes como puedes entrar.

—¿Puedo pedirte otro manto?

—No. Yo no puedo trabajar más que para Pantalón. Pero tú puedes quitarle a él las joyas.

—¿Tú le odias?

—Sí. Es tan avaro, que apenas me da de comer.

—Mañana vendré a verte —dijo Salto.

Al día siguiente, Salto pasó por Palacio, vió a la Princesa por la ventana, y siguió su camino hacia la puerta del lobo.

Dió la palmada, entró en la cueva lujosa del avaro, cogió el rico manto y, al salir, dijo al lobo:

—Dame la llave para siempre.

—No puedo. Si me la quisieras quitar, yo, por motivo de mi encantamiento, te mordería hasta matarte, aunque no quisiera hacerlo. La magia puede conmigo y me lo manda.

—Pues no te la doy.

El lobo abrió la boca, fué a arrojar sobre el fuerte Salto, y éste le cogió por el cuello. Luego agarró firmes las orejas, con la cinta de su cintura le ató fuertes las cuatro patas y con el pañuelo le apretó la boca.

Se echó a un hombro el manto y a otro el lobo, y de noche, para que no le viera nadie, se fué camino de su casa.

Llegó el día del cumpleaños del Rey Castaño III, y todos los magnates que regalaban riquezas se colocaron en sitio de preferencia. Salto entre ellos.

El señor Pantalón estaba colocado en el público porque se había quedado sin poder regalar nada.

Y cuál no sería la sorpresa de la concurrencia al ver que al tocarle el turno al guerrero Salto, dijo ante todos:

—Señor: este es el obsequio del señor Pantalón: este manto magnífico y la llave de la puerta del lobo, que pertenece a su cueva escondida.

—¿Y tú que regalas? —le preguntó Castaño III.

—Señor: cualquier cosa... Esta bolsa de dineros, pero vacía. El oro podría ofender a Vuestra Majestad —, y arrojó por el suelo las monedas.

La Princesa cogió la bolsa y dijo:

—Esta bolsa está llena de lo que más estimo: valor, generosidad, juventud... Este guerrero, querido padre, te ha hecho el mejor regalo.

El Rey comprendió, al fin, que la Princesa Cantilena tenía razón, y la casó con Salto.

Y la puerta del lobo fué condenada con cal y canto, y el Mago Pastel perdonó al lobo, que, convertido otra vez en campesino, quedó al servicio de la Princesa Cantilena y del Príncipe Salto, herederos del Trono.

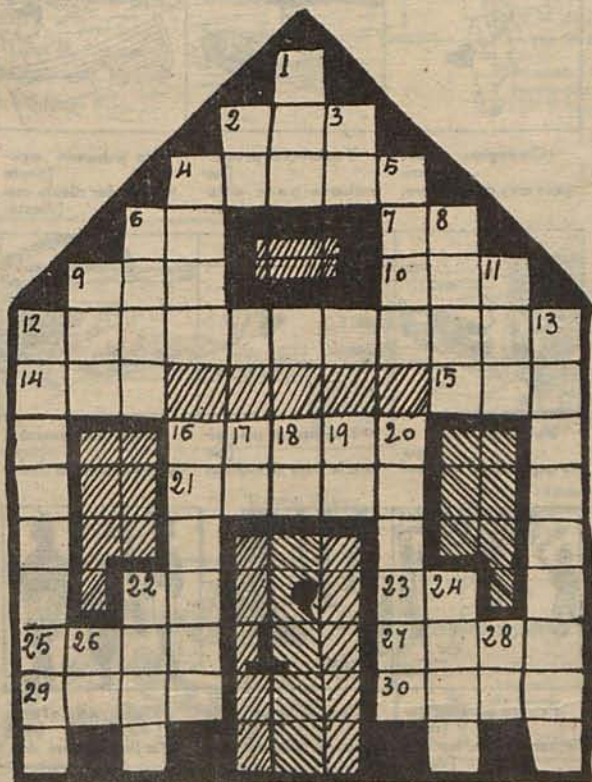


CONCURSOS PERMANENTES

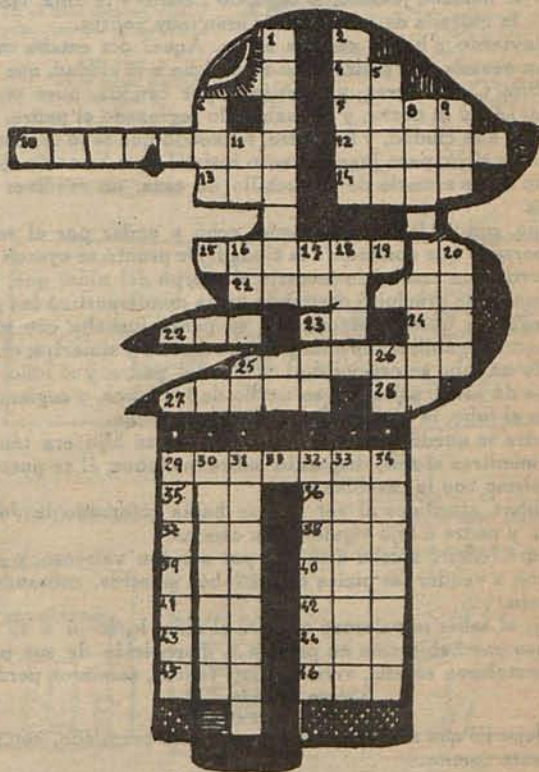
EL DE PROBLEMAS

PALABRAS CRUZADAS

La casita.



Pinocho.



INDICACIONES

VERTICALMENTE

1. Planta.—2. Nota musical.—3. Artículo.—4. Canto popular andaluz.—5. Del verbo remar.—6. Marca de tinta.—8. Niño.—9. ¿Cómo hacen las gallinas?—11. Existir.—12. Proveer.—13. Las que son muy señoras.—16. Del verbo amasar.—17. Nombre de letra.—18. Preposición inseparable.—19. Se dice a las caballerías.—20. Que carece de luz.—22. Del verbo osar.—24. Incapaz de hacer una cosa.—26. Carta de la baraja.—28. Contracción.

HORIZONTALMENTE

2. Astro.—4. Columna.—6. Se dice a las caballerías.—7. Preposición.—8. Substancia blanca.—10. Parte del año.—12. Colchoncillos.—14. Serpiente.—15. Letra.—16. Quizá.—21. Parte del cuerpo.—22. Pronombre.—23. Artículo.—25. Edificio.—27. Ciudad.—29. Pronombre.—30. Recipiente.

26. P. Sección B.

REPARTICIÓN DE VINO

Veintiuna botellas de litro, desigualmente llenas, a saber: 7 completamente llenas de vino; 7 llenas hasta la mitad y 7 vacías, han de repartirse entre tres personas de manera que corresponda a todas la misma cantidad de vino y el mismo número de botellas, es decir, a cada persona 7 botellas y tres litros y medio de vino.

LUIS FLORES DE LOSADA.
Doce años. Segovia.

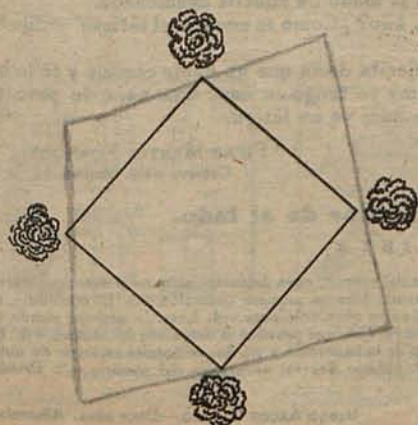
28. P. Sección B.

EL LAVADERO

Una vez había en las afueras de un pueblo un lavadero que tenía la forma del adjunto dibujo, también con cuatro árboles, uno en cada esquina. Como ya era pequeño para el número de vecinas que a él iban a lavar, quisieron hacerlo mayor, y lo consiguieron haciéndolo doble de grande sin tocar a los árboles. ¿Cómo?

FRANCISCO SANCHEZ PÉREZ.
Trece años. Córdoba.

30. P. Sección B.



31. P. Sección B.

INDICACIONES

VERTICALES

1. Que amasa.—2. No oye.—5. Personaje bíblico.—6. Interjección valenciana.—8. Temporal.—9. Redondo.—11. En la baraja.—16. Subafuente del Dniéper.—17. Cavidad de una roca, llena de estalactitas.—18. Tira.—19. Negación.—20. Grosero.—25. Letra.—26. Nota.—29. Pájaro.—30. Aromático.—31. Penas.—32. Fruto.—33. Para media llave.—34. Pueblo.

HORIZONTALES

4. Pronombre.—7. Roedor.—10. Viviendas humildes.—12. Río.—13. Pronombre.—14. Arbol.—15. Filósofo griego.—21. Necesario.—22. Arde.—23. Exclamación.—24. Bebida aromática.—25. Cortará ramas.—27. Fruto.—28. Edición (abreviatura).—29. Lo que no se fuma.—35. Los pájaros tienen.—36. Hebra (sin ortografía).—37. Pronombre.—38. Lo contrario de menos.—39. Artículo (abr.).—40. Río (sin ortografía).—41. Tiempo de verbo.—42. Neto (abr.).—44. Tiempo de verbo.—46. Monja.

27. P. Sección B.

SANTIAGO SÁNCHEZ COZAR.
Once años. Granada.

LAS EDADES

En una reunión se comentaba la próxima boda de uno de los allí presentes, y como alguien hiciera un chiste acerca de la edad de los contrayentes, pues entre los dos sumaban 91 años, el novio exclamó:

¡Señores! Si tantas ganas tienen ustedes de saber la edad de mi novia, sepan que entre los dos tenemos 91 años, que es como si les dijera que la edad de mi novia es igual a la mía multiplicada por 4 y dividida por 9.

Sabido esto, en vez de murmurar, caliéntense un poco la mollera y averigüen cuál es la edad de mi futura esposa.

JOAQUÍN HERRAIZ.
Quince años. Murcia.

29. P. Sección B.

JEROGLÍFICO

LETRA GRIEGA N VIII

Nombre de un valiente.

Trece años. Valladolid
PILAR VILLÁN

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

CUENTOS

Juanito el valeroso.

Pues, señor: Este era un matrimonio con dos niños y una niña: el primero se llamaba Juanito, el segundo Luisito y la niña, Isabelita. Vivían a la entrada de un bosque y eran muy pobres.

Era invierno y había muchos lobos. Aquel día estaba cayendo una gran nevada y el padre salió a por leña a la ciudad, que se llamaba Villa Cien Torres, y también a por comida, pues se había acabado. Llegó la noche, y no habiendo regresado el padre, Juanito quiso ir a la ciudad, y la madre, temiendo que se lo comieran los lobos, no le dejó; pero Juanito tanto insistió, que la madre le dejó ir, no sin antes armarle de un cuchillo de caza, un revólver y una carabina.

El niño, con un farol en la mano, echó a andar por el sendero medio borrado que conducía a la ciudad. De pronto se oyeron gritos de socorro, y un escalofrío recorrió el cuerpo del niño, que, revólver en mano, se precipitó corriendo hacia donde partían los gritos.

Al llegar se quedó horrorizado: su padre luchaba con muchos lobos; con las gabilas repartía golpes a diestra y siniestra; en aquel momento un lobo se precipitó al cuello del padre, y el niño, en un arranque de valor, saltó por en medio de los lobos, y cogiendo por el cuello al lobo, le hundió el cuchillo en el pecho.

El padre se quedó asombrado al saber que su hijo era tan valeroso, y mientras el niño disparaba sobre los lobos, él se puso a hacer lo mismo con la carabina.

Los lobos, aturcidos al ver que se había reforzado la defensa, huyeron, y padre e hijo siguieron su camino.

El padre felicitó mucho a su hijo por ser tan valeroso, y al otro día fueron a vender las pieles de los lobos muertos, cobrando mucho dinero.

El rey, al saber lo valeroso que era el niño, lo tomó a su servicio y puso una habitación en palacio a disposición de sus padres, que se instalaron en ella, vivieron muy felices, comieron perdices y

Colorín, colorado,
este cuento se ha acabado.

Moraleja: El que sea valeroso y bueno será premiado, como ocurrió en este cuento.

29. C. Sección B.

RAFAEL BUENO.
Diez años. Madrid.

El pastorcito.

Una vez era un niño huérfano, muy pobre, y su oficio era de pastor.

Un día estaba apacentando su rebaño cuando se le apareció un hada, un hada muy bella, con unos cabellos dorados como los rayos del sol.

Ella era el hada protectora de los niños, y le dijo:

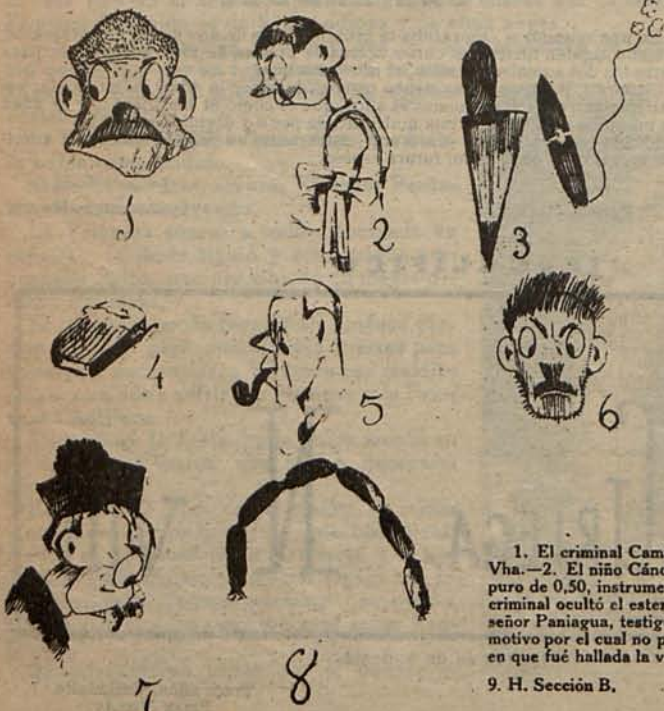
—Toma esta cajita —y le dió una cajita de oro, que dentro tenía unas bolitas blancas como la nieve—. Con estas bolitas podrás obtener lo que quieras.

Y desapareció.

El niño pidió un castillo amueblado, con algunos criados, y al momento se le apareció lo que deseaba; también pidió mucho dinero y mucha ropa, y la mitad de todo eso lo repartió entre los pobres y desvalidos, como él había sido, y desde entonces fué muy feliz y querido de todos.

30. C. Sección A.

LUIS AUGUSTO GARCÍA M.
Nueve años. Barcelona.



1. El criminal Camilo Maudanguet (a) Pinchapeces, autor del crimen, cuya detención se debe al detective Harry Vha.—2. El niño Cándido Palomino, víctima del crimen, cuando hizo su primera comunión.—3. El cuchillo y el puro de 0,50, instrumento y tóxico empleados por el criminal en su obra criminal.—4. Lata de anchoas donde el criminal ocultó el esternón de la víctima.—5. El detective Harry Vha, que practicó la detención del asesino.—6. El señor Paniagua, testigo presencial del hecho que quedó vizco de la impresión y vió dos criminales en lugar de uno, motivo por el cual no pudo perseguirle.—7. El digno Juez D. Hilario Severo, encargado del sumario.—8. Estado en que fué hallada la víctima.

9. H. Sección B.

HISTORIETA



«Cienhigos» el be-
[tunero
gana muy poco dinero.

Y queriendo prospe-
[rar
embarca para ultra-
[mar.

Un nubarrón impo-
[nente
le hace dar diente con
[diente.



Para no mojar la
[ropa
la deposita en la popa.

Y se tira al precipi-
[cio
con la caja del oficio.

Logra mantenerse a
[flote
y aterriza en un islote.



Pero en aquellos pa-
[rajes
le sorprenden los sal-
[vajes.

Con el betún y la
[crema
prepara una estrata-
[gema.

Y creyéndole su
[dios
se le llevan entre dos.



El Jefe le lleva al
[lado
del morronguito sa-
[grado.

Pero cae un aguacero
y se le destiñe el cuerpo.

MODESTO POLO SANZ.
Catorce años. Madrid.

El látigo.

—Mamá, cómprame un látigo —decía Manolín a su pobre madre, que para poder mantenerse y mantener a su hijo, de asistenta unas veces, de recadera otras, obtenía un pequeño jornal no diario, con el cual iba cubriendo miserablemente sus necesidades.

—Anda, mamá, cómprame el látigo; en un bazar que hay en la calle de Carretas los he visto a peseta.

—Mira, hijo —dijole su madre—, no un látigo, sino veinte, te compraría yo; pero no tengo. Lo que voy a hacer es el día que trabaje darte diez céntimos; tú lo vas guardando, y cuando tengas reunida la peseta lo compramos. ¿Quieres?

—Sí, mamá —dijo Manolín.

Al cabo de mucho tiempo se reunió la peseta; cada diez céntimos que se reunían era una alegría de la madre y una nueva ilusión del hijo. Llegó el día deseado de la compra; camino del bazar van madre e hijo, cuando en la calle Preciados, Manolín desprendióse del brazo de su madre, y acercándose a una viejecita que imploraba la caridad pública en el quicio de una puerta, sacando de su bolsillo la peseta, la depositó en la mano de aquella desdichada.

—Pero qué has hecho, hijo? ¿Cómo te compro el látigo? —dijo la madre.

—Mira, mamá; esa viejecita decía que no había comido y se lo he dado para que coma. Como yo tengo en casa una vara, le pido al tendero una cuerda y me haré yo un látigo.

31. C. Sección B.

PILAR MARTÍN FORNOZA.
Catorce años. Madrid.

Terrible crimen en Olmillos de al lado.

HISTORIETA

1. El criminal Camilo Maudanguet (a) Pinchapeces, autor del crimen, cuya detención se debe al detective Harry Vha.—2. El niño Cándido Palomino, víctima del crimen, cuando hizo su primera comunión.—3. El cuchillo y el puro de 0,50, instrumento y tóxico empleados por el criminal en su obra criminal.—4. Lata de anchoas donde el criminal ocultó el esternón de la víctima.—5. El detective Harry Vha, que practicó la detención del asesino.—6. El señor Paniagua, testigo presencial del hecho que quedó vizco de la impresión y vió dos criminales en lugar de uno, motivo por el cual no pudo perseguirle.—7. El digno Juez D. Hilario Severo, encargado del sumario.—8. Estado en que fué hallada la víctima.

9. H. Sección B.

ISIDRO ARCOS CASTRO.—Doce años. Albacete.

CHISTES ILUSTRADOS



El niño.—Oye, papá, ¿cuáles son los mejores médicos?
El papá.—¡No lo sé!
El niño.—Pues los matemáticos, porque operan con quebrados.

JOSÉ M. CORTÉS.
Catorce años. Madrid.

15. CH. I. Sección B.



—Niño, jese dedo no se mete en las narices!
—Entonces, ¿cuál es el que se mete, mamá?

FERNANDO BAQUÉ XIMÉNEZ.
16. CH. I. Sección B.



(El).—¿Qué zanguanga eres.

(Ella).—Y tú qué guano.

(El).—¿Cuándo llegará el día que yo pida tu blanca mano!

FERNANDO G. GUIJARRO.
Nueve años. Madrid.

17. CH. I. Sección A.



—¡Señor! Hace más de media hora que estoy delante de esta ventanilla.

—Pues ¿qué diría usted si estuviese en mi lugar? Yo ya hace más de diez y ocho años que estoy detrás de ella.

M. HERAS.
Doce años. Madrid.

18. CH. I. Sección B.



—¿Cuál es el colmo de este camareero?

—Tener la rodilla en el hombro.

LUIS COLOMEL.
Trece años. Madrid.

19. CH. I. Sn. B.



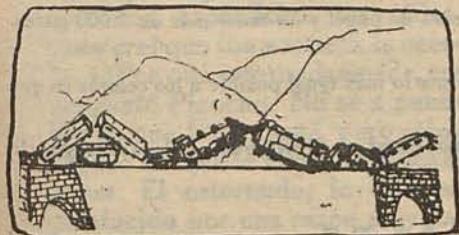
—¡Pinocho! No te pongas en los hierros, que te vas a caer a la calle y te tendré que llevar a la Casa de Socorro.

—Pues si me llevas a la Casa de Socorro, mataré a Socorro.

LEÓN VILLANUEVA.
Seis años.

Castro Urdiales.
20. CH. I. Sección A.

DIBUJOS



Un choque de trenes.

RAMÓN SANDE.

Ocho años. Betanzos.

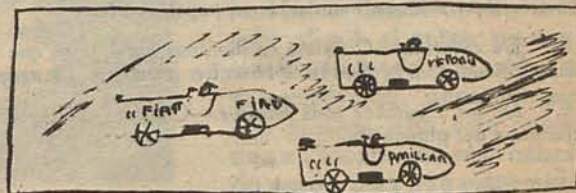
113. D. Sección A.



Andaluz.

MARÍA TERESA GÓMEZ.
Diez años. San Sebastián.

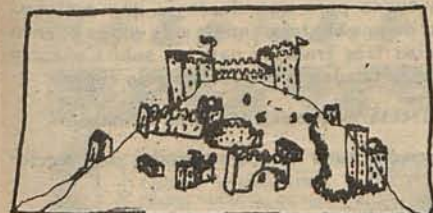
114. D. Sección B.



Las carreras de autos.

RICARDO A. DE LA ESPADA.
Diez años. Madrid.

115. D. Sección B.

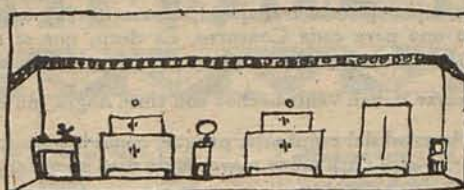


Las ruinas de Sagunto.

R. S. BETANZOS.

Ocho años. Betanzos.

116. D. Sección A.

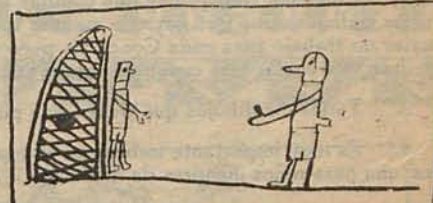


Mi cuartito.

TOÑA RUANO.

Doce años. Santander.

117. D. Sección B.



Un «goal» del afamado Pinocho, del Castro F. C.

LUIS BACHILLER.

Ocho años. Castro Urdiales.

118. D. Sección B.



Chapete bailando la jota.

ANTONIO COMAS.
Nueve años.
Barcelona.

120. D. Sección A.

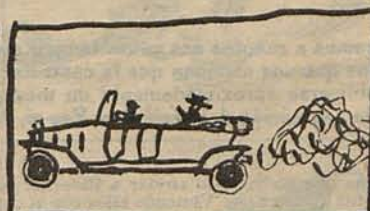


Un paisaje.

JOSÉ MATA.

Ocho años. Madrid.

121. D. Sección B.



Mi papá de paseo.

J. M.

Ocho años. Madrid.

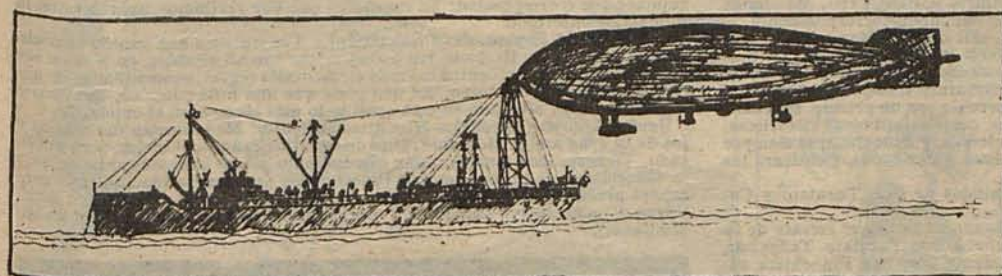
122. D. Sección B.



Mi profesor.

ANGEL SARALUCE Y GORRI.
Doce años. San Sebastián.

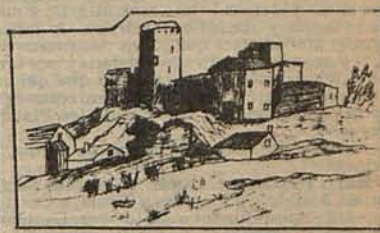
123. D. Sección B.



Amarre en el mar de un dirigible.

ANTONIO GIL DE LEZAMA.
Doce años. Madrid.

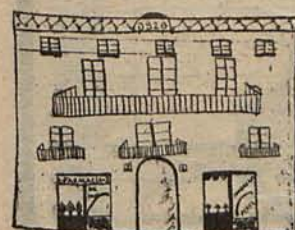
124. D. Sección B.



Estudio del natural.

CASTITO PATIÑO.
Ocho años. Madrid.

125. D. Sección A.



La casa y farmacia de mi papá.

FERNANDO SOLER.
Doce años. Barcelona.

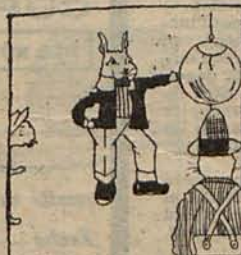
126. D. Sección B.



Chapete.

ANTONIO OZORES.
Doce años. Madrid.

127. D. Sección B.



El conejo de Solera se entrena en una polda.

FRANCISCO MANZANARES.
Diez años. Madrid.

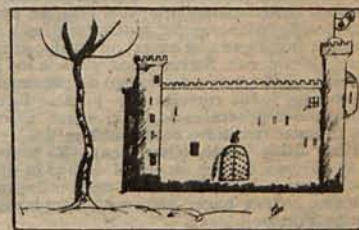
128. D. Sección B.



Apunte.

ELITA VILLASANTE.
Doce años. Madrid.

129. D. Sección B.



Castillo de la Edad Media.

CIRO.

Doce años. Sevilla.

130. D. Sección B.

!9 CONCURSOS PERMANENTES!

PROBLEMAS :: SOLUCIONES :: CHISTES :: CHISTES ILUSTRADOS :: HISTORIETAS :: DIBUJOS
CUENTOS :: COLORIDO Y DE LOS PINOCHOS MÁS BONITOS

- 1.º *De problemas.*—Cada lector tiene derecho a enviarnos tantos problemas como quiera (cada uno con su cupón correspondiente), y los que lo merezcan serán publicados dentro de este Concurso. Aparte, y muy clara, debe enviarse cada problema con su solución.
- 2.º *De soluciones.*—Consistirá en buscar las soluciones a los problemas del Concurso anterior y a los demás que se publiquen. Con las soluciones de los problemas de cada número hay que enviar el cupón del concurso correspondiente al mismo número.
- 3.º *De chistes ilustrados.*—Entrarán en este Concurso los dibujos que recibamos correspondientes a un chiste que les sirva de epígrafe.
- 4.º *De historietas.*—O sea de series de dibujos unidos entre sí con una idea común con o sin el texto correspondiente.—Las historietas tendrán no menos de dos ni más de ocho dibujos.
- 5.º *De dibujos.*—Los dibujos sueltos que no sean chistes entrarán en este Concurso.
- 6.º *De chistes sin ilustrar.*—Se publicarán los que recibamos y merezcan entrar en este Concurso.
- 7.º *De cuentos ilustrados o sin ilustrar.*—Los cuentos deben enviarse escritos por una cara de papel y no tener más de 2.000 letras. Si tuviese ilustraciones, mandarlas en papel aparte.
- 8.º *De colorido.*—Consiste en iluminar los dibujos que publicamos para ese efecto en forma lo más igual posible a los colores en que están publicados en la **Serie Pinocho contra Chapete**.
- 9.º *De los Pinochos más bonitos.*—Consiste en hacer una lista de la **Serie Pinocho contra Chapete**, ordenada según la preferencia del pinochista.

OBSERVACIONES GENERALES

- 1.ª Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en números anteriores de PINOCHO.
- 2.ª Con cada trabajo hay que mandar un *Cupón de concursos*. Es decir, que no basta un cupón para un solo envío que contenga varios trabajos, sino que hay que mandar tantos cupones como trabajos. Los suscriptores gozarán de una ventaja: con un solo cupón pueden enviar un trabajo para cada Concurso, pero sólo uno para cada Concurso. Es decir, que si envían tres trabajos para un solo Concurso tendrán que enviar tres cupones; pero si envían tres trabajos diferentes, uno para cada Concurso, lo pueden hacer con un solo cupón.
- 3.ª Todos los dibujos que tienen que publicarse deben venir hechos con tinta negra (no es necesario que sea con tinta china).
- 4.ª Es muy importante indicar en el cupón la edad del remitente, porque, como hemos anunciado, cada Concurso tendrá dos secciones: una para niños menores de diez años —A—, y otra para niños mayores de diez años.—B.

CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí, *contestaremos a todo el mundo*.

Amparito (?).—Lamento mucho que no te dejen enviar a Pinocho, como sería tu deseo, tus «pescados» y tus «paraguas». Viniendo ellos con el cupón correspondiente, nosotros lo publicaríamos al instante, sin fijarnos en que el pescado sea o no bonito, ni en que el paraguas sea o no de seda. Envíanos trabajos, que todo lo justificará ese numerito 3 de tus tres años.

José María Echevarrieta. (Alava).—¡Claro que se publicarán en PINOCHO, una vez verificado el sorteo, los números de los premios! Todo, todo saldrá en PINOCHO. En cuanto a tu vida aventurera, me parece muy bien. De Bilbao a Lanclares, de Lanclares a Leikeitio. Digo, que muy bien. Pero ello no es, a mi entender, una dificultad para suscribirse a PINOCHO. Mándanos cuantos dibujos quieras, siempre acompañados del cupón correspondiente.

Manuel Alvarado. (Managua, Nicaragua).—Mi querido Manuel: Tu carta me ha proporcionado una gran alegría, y no sería Pinocho quien es, un muñeco cortés y simpático, si dejara sin respuesta unas letras como las tuyas. Mucho nos satisface que hayas comenzado a enviarnos trabajos para concursos, y mucho más aún nos satisfaría verte favorecido con un premio. En cuanto a colaboración, manda todo lo que quieras: cuentos, dibujos, historietas, chistes. Tú harás, sin duda alguna, cosas excelentes, y Pinocho, que siempre mira con agrado los trabajos de los Pinochistas americanos, publicará los tuyos.

Abrazos del héroe, recuerdos de Pirula, saludos de Don Turulato y Currinche.

Maria Paz Sierra. (Madrid).—Mucho ha gustado tu dibujo, el retrato de tu prima Angelita, a Pinocho, a Pirula, a Currinche, a Don Turulato. Todos han quedado maravillados ante tu obra. Decididamente eres una Pinochista admirable y, sobre todo, una gran artista. Para tus siete años, tu dibujo es precioso y ya lo quisieran algunas niñas, la verdad, para sus diez, doce o catorce años. Manda cuanto quieras, cuantos dibujos se te ocurran hacer, pues todos, querida M.ª Paz, serán publicados. Recibe nuestra felicitación y un saludo de Pinocho, y un fuerte abrazo de Pirula.

J. C. (Madrid).—Su envío coincide con una idea que verá pronto realizada. Oportunamente volveremos sobre el asunto si nos envía usted su dirección.

Pinochistas (de Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, etc.).—Algunos Pinochistas, equivocadamente, nos remiten cupones de regalos, juntamente con trabajos de colaboración. Mucho sentimos estas pifias, pues Pinocho, con tantísimo como tiene que hacer, no puede, en manera alguna, ocuparse de devolver esos cupones. Advertimos, pues, a los Pinochistas aludidos que, para obtener los 50 números del sorteo de regalos debieron mandar, a su tiempo, los 8 cupones, todos correlativos, y en la forma varias veces expresadas en las condiciones generales de aquel sorteo. De nada le servirán, por consiguiente, los cupones remitidos equivocadamente.

Pilar Gillis Yuste. (Guernica).—El problema que me mandas, aunque es muy curioso, no nos sirve. Si damos la solución, no es de lince adivinar el problema, y si no la damos, sería milagroso adivinarla. Con lo bien que tú dibujas podrías hacer problemas interesantísimos. Esperamos mucho de ti, amiga Pilar.

Pepico. (Zaragoza).—Tus dibujos son del agrado de Pinocho y Pirula. ¿Sabes por qué? Porque están bien hechos, como pocos dibujos, tus dibujos. Ahora lo que no es del agrado de Pinocho es eso, eso... La costumbre nunca bien censurada por Pirula de remitirnos dos, tres y más dibujos con un solo cupón. En este caso estás tú, Pepico, y yo no quisiera verte nunca en este caso. Todos perdemos el tiempo. Tú, al mandarnos los trabajos; nosotros, al

recibirlos. Para otra vez, ya lo sabes: con tres maravillas de las tuyas, tres cupones de los nuestros. Y así andaremos como manda Pinocho. De tus obras hemos elegido el *Pierrot triste*, por tratarse, aunque no lo parezca por el título, del más alegre, encantador y perfecto de tus trabajos. Y nada más por hoy. ¡Oh!, sí; procura para otra ocasión darnos tu nombre completo, tu nombre y tus apellidos. ¡Adiós!

Concho Flórez. (Bogotá).—Hemos recibido tu magnífico cuento, que nos ha gustado muchísimo, extraordinariamente. Como pides, se publicará en tu semanario PINOCHO, con harta satisfacción por nuestra parte. Está muy bien tu obra: merece toda clase de elogios.

Juan A. Valdés. (Panamá).—Atenderé tu afectuosa súplica, en lo que sea posible, querido Juan. En cuanto a tus trabajos... ¡Qué perfección! ¡Qué maravilla! ¡Qué derroche de ingenio! América, amigo Pinochista, da cuentistas, dibujantes y chistófilos en tal cantidad y calidad, que Pinocho, que de nada se asombra, tiene momentos en que se lleva las manos a la cabeza admirado, desconcertado, maravillado, turulado. Manda, pues, Juanito, cuantos trabajos se te ocurran. Todo, todo será publicado. Pero no olvides nunca, nunca, los cupones que correspondan. Tu cuento, el que hoy recibimos, aparecerá en la Revista. ¡Conformes!

Maria Josefa Espina. (San Sebastián).—Tus trabajos han venido en magníficas condiciones. Es decir, tus trabajos, que son admirables, no pueden ser publicados por venir, contra las más elementales reglas, acompañados de antiguos cupones de concurso. Es una pena que una niña como tú, tan lista e ingeniosa, haya olvidado en esta ocasión lo más elemental: el cupón.

Benito Arroyo (Huesca).—Mi estimado Benito: Me encantan tus colmos y los de tu gran amigo Montaner. Uno de aquellos colmos, el mejor, será publicado. Te agradezco muchísimo tu ofrecimiento y que fomentes ahí, con todo tu entusiasmo, el entusiasmo por Pinocho. Es una generosidad que nos conmueve profundamente. Siempre te estaremos reconocidos. Recibe con estas líneas el más efusivo saludo de Pinocho. (Recuerdos a nuestro buen amigo Montaner).

PINOCHO
CUPÓN DE CONCURSOS
DEL NÚM. 26 El Pinochista D.....
de años, y cuyas señas son
remite un trabajo para el Concurso de (1).
Fecha (Si es suscriptor, poner el número)
(1) Indicar el que sea de los nueve. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

¿SABEIS POR QUÉ?

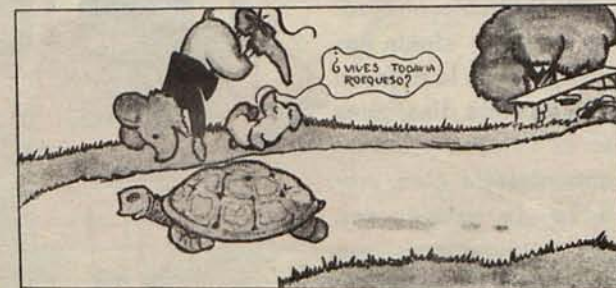
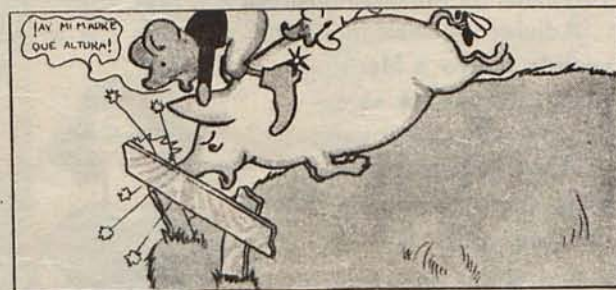
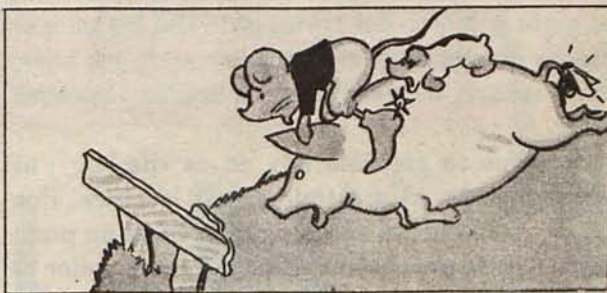
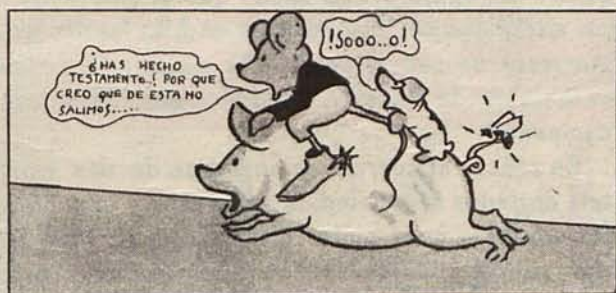
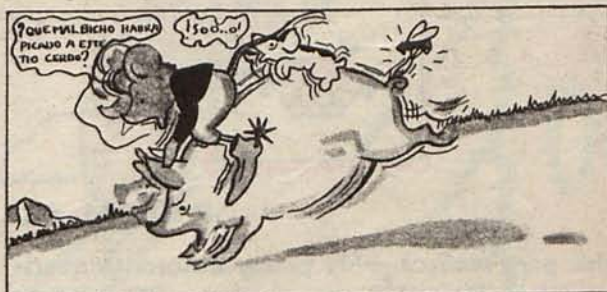
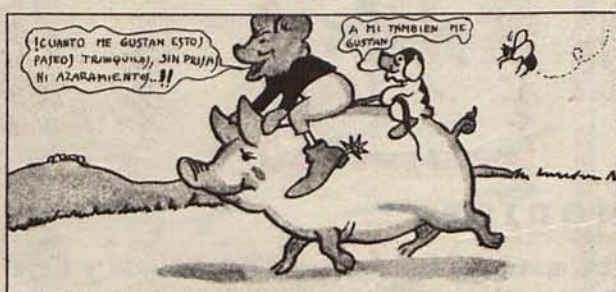
¿POR QUÉ ESTORNUDAMOS?

Sólo una vez he visto estornudar a Pinocho. Nunca me olvidaré de este espectáculo, superior al terremoto, más impresionante aún que las Cataratas del Niágara. Pirula, la pobre, se desmayó. Y Currinche y D. Turulato, que también estaban presentes, salieron corriendo. Sólo yo, que soy valeroso, quedé junto al héroe de los muñecos, tapándome los oídos, pues creí que iba a repetir la suerte. «¿Por qué estornudamos?», me preguntó Pinocho. No sé a punto fijo lo que le contesté, pero estoy seguro de que le hablé de muchas cosas. El estornudo, le dije, es producido por una razón muy natural. El aire que penetra por la nariz es el que más principalmente nos da la vida. Nuestro cerebro es un buen amigo y está atento siempre a todo cuanto de per-



judicial pueda ocurrirnos. Así, cuando en nuestra nariz se interpone algo que evita la entrada del aire, respiramos fuertemente, estornudamos por orden del cerebro, a fin de expulsar aquel cuerpo. Ciertamente a veces, sin motivo alguno, estornudamos, pero ello es por una equivocación de aquel centro nervioso regulador, que, atento siempre a nuestros beneficios, ve fantasmas donde no hay nada. Al salir al sol, al entrar en una habitación caldeada o al salir a la calle estornudamos, pero no siempre con motivo. «En esta ocasión, le dije a Pinocho, no sé si habrá habido razón para que estornudes. De todas maneras, con o sin motivos, yo le agradezco a tu cerebro que te haya hecho estornudar, pues me ha proporcionado el espectáculo más sublime de la naturaleza».

HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESSO





Sección PIRULA

PIRULA, BORDADORA

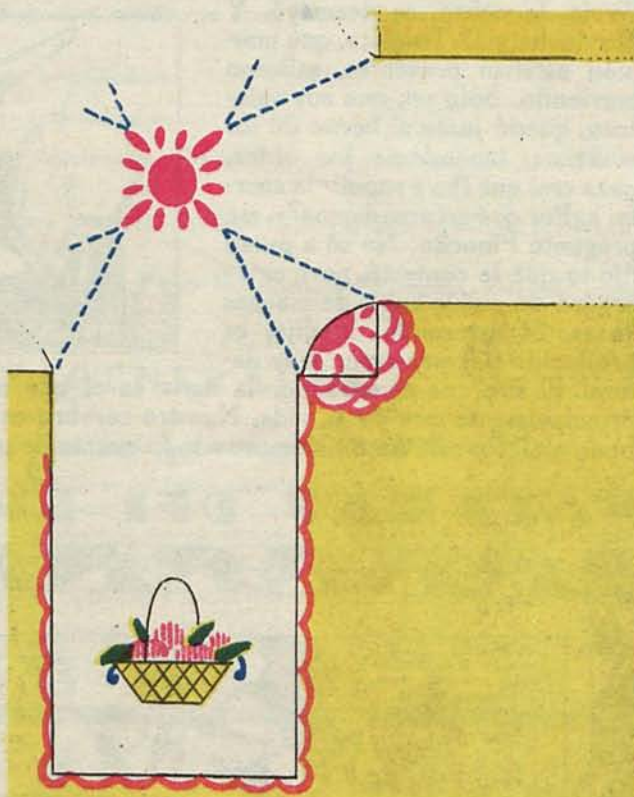
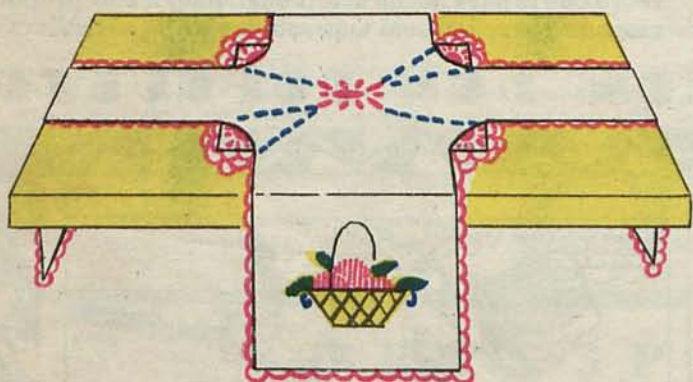
Camino de mesa.—Hablábamos hace algún tiempo —¿os acordáis?— de las ventajas, para una buena ama de casa, de tener varios caminos de mesa, que sirven para alegrar el aspecto del mantel, ocultando alguna mancha, y también, a menudo, para sustituir el tapete, permitiendo el lucimiento de la mesa, de hermosa madera encerada.

El que hoy os presento para que lo bordéis para vuestra mamá tiene la originalísima ventaja de ser en forma de cruz, con lo cual adorna por igual los cuatro lados de la mesa.

Otra de sus particularidades es la del festón que lo ribetea, y no es tal festón, sino una labor de «crochet» facilísima de hacer, y que, sin embargo, os dará ocasión para lucir vuestras habilidades en el manejo del ganchillo.

Los bordados —el del centro y los cuatro cestos de frutas— pueden hacerse a punto relleno o de Lagartera.

Y las líneas azules que parten del centro y van hacia los extremos, a punto de hilván, sencillamente.



PIRULA, MODISTA

Vestido para muñeca.—Me pedís, lectorcitas queridas, un modelo de vestido para vuestras muñecas. Esta petición parte a la vez del corazón de una buena madre, deseosa de aumentar el guardarropa de sus hijas, y del buen sentido de unas niñas aplicadas, deseosas de trabajar.

El modelo que os presento hoy no es «de lujo»; ni siquiera es elegante, ni pretende seguir la moda. Por el contrario, tiene todo el encanto de las cosas un poco anticuadas, que es precisamente lo que le va mejor al tipo de Marujilla, vuestra muñeca «de diario», si así puede decirse; la de los ojos ingenuos, los mofletes rubicundos y el gesto algo torpe; la que no se exhibe ante las visitas, y, acaso por lo mismo, es la más tiernamente querida y mimada.

Y este vestido, muy mono dentro de su sencillez, es tan fácil de confeccionar que seguramente no necesitaréis para ello la ayuda de la abuela de Marujilla, o sea de vues-

tra mamá. La falda se corta en redondo y lleva en el centro un agujero más ancho que el talle de la muñeca, alrededor del cual se pasa un hilo fuerte, de cuyos extremos se tira al vestir a la muñeca, a fin de que la falda quede fruncida alrededor del talle y formando campana.

En cuanto al cuerpo, se compone de dos trozos de tela cortados según indica el dibujo y que llevan en los hombros unos ojales por los que se pasa la cinta que, anudada en las bocamangas, constituye el cierre, y además un gracioso adorno.

Adivino vuestra inquietud; pensais: «Si le hago un

vestido nuevo a Marujilla, ¿no tendrá algo de «pelusa» su hermana Lily, la rubita fina y un tanto remilgadilla, que anda sola y dice papá y mamá?»

Es probable, en efecto, que Lily sienta celos; pero no le durarán más de siete días, pues en el número próximo encontraréis otro modelo de vestido tan lindo y gracioso, que os haréis otro igual para vosotras.

